LOS VIAJES DE
DIONISO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8708-3
Depósito legal: B 4190-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Después de haber sido criado por las ninfas
en Nisa, se convirtió, según dicen, en el inventor
del vino y enseñó a los hombres el cultivo de la
viña. Recorrió casi toda la tierra habitada y puso
en cultivo vastos territorios, y por esto obtuvo
en todas partes los más altos honores.*

Biblioteca histórica, Diodoro Sículo

Dramatis personae

Los inmortales

Dioniso – dios de la viña y el vino, hijo de Zeus y de la mortal Sémele.
Zeus – padre soberano de los dioses olímpicos y padre de Dioniso.
Hera – esposa de Zeus, cruel y vengativa con las amantes mortales de este.
Hermes – el dios de los pies alados, mensajero de Zeus.
Hefesto – dios del fuego y de la forja.
Hades – dios del inframundo.
Perséfone – esposa de Hades y diosa del inframundo.
Tetis – nereida, diosa de las aguas de los ríos y los mares.
Rea – madre de Zeus, protectora y maestra de Dioniso.

Los mortales

Cadmo – rey de Tebas, fundador de la ciudad.
Harmonía – esposa de Cadmo y madre de Sémele.
Sémele – hija de Cadmo y Harmonía, y madre de Dioniso.
Ino – hermana de Sémele y esposa de Atamante.

Atamante – rey de Orcómeno que ocultó a Dioniso durante su niñez.
Ágave – hermana de Sémele y madre del rey Penteo de Tebas.
Penteo – rey de Tebas, sucesor de Cadmo.
Licurgo – rey de Tracia que intentó aprisionar a Dioniso.
Ariadna – esposa de Dioniso, rescatada por él tras ser abandonada por Teseo en Naxos.

Seres semidivinos

Nisa – ninfa de los bosques que crió a Dioniso.
Sileno – sátiro, dotado de una gran sabiduría, que educó a Dioniso.
Ninfas niseidas – compañeras de juegos y acompañantes de Dioniso en Nisa.
Ninfas oceánides – ninfas de los mares, hijas de Tetis.
Sátiros y silenos – genios de la naturaleza, compañeros de Dioniso.
Ménades y bacantes – mujeres poseídas por el delirio dionisíaco, entregadas a su culto.

1

La promesa envenenada

A los pies del monte Citerón, cuya cumbre todavía mostraba rastros de las nieves invernales, la fresca brisa se colaba entre las ciclópeas columnas del gran salón, el mégaron, del palacio real y agitaba levemente la rubia cabellera de la princesa Sémele, la hija preferida del rey Cadmo, que había fundado en Beocia una ciudad llamada Tebas. Su belleza era tan singular y turbadora que a todos los hombres que deambulaban por el salón, sirvientes y soldados, emisarios y nobles de las ciudades vecinas, les resultaba difícil apartar la mirada del rostro y de la sinuosa figura de la muchacha. El rey los había convocado para la recepción anual, pero lo cierto era que todos parecían indiferentes ante la riqueza de la corte y el impresionante paisaje que se desplegaba más allá de la columnata: las terrazas escalonadas del enorme jardín y, a sus pies, tras el acantilado rocoso, la interminable llanura de Beocia, salpicada de prados y bosques, olivos y frutales, con

un horizonte de altas cumbres y de poderosas nubes blancas que escondían perpetuamente, a lo lejos, el inalcanzable Olimpo de los dioses.

De pie junto al trono, la presencia de la hija pequeña del rey, con su nívea diestra apoyada en el respaldo del sitial, eclipsaba todo lo que ocurría a su alrededor. Sus hombros invitaban a los hipnotizados presentes a adivinar la figura que se escondía bajo la túnica, pero la indomable inocencia de sus ojos verdes acababa por confundirlos sin remedio y hacerles apartar la mirada: no en vano se hallaban ante una nieta de Afrodita, diosa del amor.

El rey Cadmo, hijo del rey de Tiro, con la lanza y el escudo a sus pies, era la viva imagen del héroe que había derrotado al dragón de Ares y fundado la ciudad de Tebas, cuya ciudadela, Cadmea, llevaba su nombre, e iba recibiendo uno tras otro a los emisarios de las ciudades vecinas, que venían a agasajar al rey y a presentarle sus respetos. Pero cuando se hallaban ante él, muchos olvidaban su propósito y se retiraban sin apenas haber prestado oídos a las palabras del monarca: era muy difícil apartar los ojos del poderoso influjo que emanaba de Sémele. Un hecho que no incomodaba a Cadmo, acostumbrado a ver convertidos en nerviosos muñecos a los más valientes de sus soldados cuando se hallaban en presencia de su hija.

De la larga fila emergió una figura arrogante, de poderosos hombros, que aventajaba a todos los presentes en más de una cabeza de altura; una barba y una larga cabellera rubias orlaban su hermoso rostro, y cubría su estatura hasta las rodillas una rica túnica blanca; en su diestra empuñaba una lanza rematada por una refulgente hoja. Sus ojos, centelleantes de inteligencia y aplomo, brillaban como ascuas en el centro de su cara. Saludó al rey con una leve inclinación, afirmó ser un guerrero que se

hallaba de paso por la región y, mientras desgranaba serenamente sus palabras, su mirada se clavó por un instante en los ojos de Sémele. La hermosa hija del rey sintió un inesperado estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. ¿Qué tenía aquel apuesto desconocido, diferente de todos los demás hombres a los que había visto hasta entonces? Había algo en él que lo distinguía de todos los príncipes, nobles y guerreros que revoloteaban por la corte con el indisimulado deseo de convertirse en sus pretendientes.

Cuando por fin acabó la recepción, mientras se ultimaban los preparativos para el banquete, la pequeña muchedumbre se dispersó por las salas y los jardines del palacio. Desde las ajardinadas terrazas se adivinaban el gran lago y los meandros del río Cefiso, fuente de vida para las mieses y los frutales, las vides y los olivos, que salpicaban la llanura hasta donde se perdía la vista.

En una sala adyacente al mégaron, Sémele y sus tres hermanas, Ino, Autónoe y Ágave, intercambiaban comentarios y opiniones sobre los visitantes. En el rostro de Ino, que ya estaba casada y tenía dos hijos, se dibujaba una sonrisa divertida. Había venido de visita, pues vivía en el palacio de su esposo, el rey Atamante, y la excitación de sus jóvenes hermanas le parecía cosa del pasado. Las tres muchachas, dejando atrás a Ino, se internaron en los vericuetos del jardín en busca de uno de sus rincones secretos, ansiosas por comentar sin ser oídas las cualidades de los apuestos jóvenes que habían desfilado ante sus ojos. Mientras cuchicheaban, protegidas tras una tupida enramada de hiedra, no dejaban de lanzar miradas hacia el lugar en el que habían visto por última vez esa alta figura misteriosa. Al fin la divisaron: un joven solo, apartado de las

conversaciones de los demás invitados y nobles, que se habían diseminado formando pequeños grupos, apoyado en su enorme lanza, contemplaba en silencio las luces del atardecer que se extinguían en el horizonte colmado de montañas.

∞∞

El gran banquete estaba en su apogeo. Las antorchas chisporroteaban y lanzaban destellos hacia todos los rincones, formando coloridas sombras que se escurrían entre las hileras de columnas para desvanecerse en la oscuridad de la noche. En los pebeteros de las esquinas crepitaban plantas aromáticas que esparcían su perfume entre los invitados. Las mesas del gran comedor, entre las que paseaban los asistentes, rebosaban de toda clase de manjares: corderos, cabritos, zorzales y peces asados, gansos, liebres y perdices, panes y aceitunas, higos y quesos de todo tipo. Las risas y exclamaciones de placer resonaban en todo el palacio y su eco impaciente llegaba hasta las planicies. En el centro de la sala, un aedo recitaba las proezas de héroes legendarios.

Sin embargo, la joven Sémele, para quien aquellos acontecimientos reservados a los hombres eran casi una rutina, se aburría mientras contemplaba la escena desde las columnas del pórtico. Un pensamiento, una imagen, una mirada se habían clavado en su mente y en su corazón. De pronto, al fondo, junto a una columnata, divisó al objeto de su inquietud: el guerrero que tan descaradamente había clavado en ella sus ojos. Seguía mirándola. Apenas había participado en el festín, y ahora Sémele vio que se escabullía hacia la escalinata de mármol que conducía a los jardines bañados por la plateada luz de la luna. Siguiendo un impulso inesperado,

la joven se levantó del banco que ocupaba junto a sus hermanas y, murmurando una excusa, simuló que se dirigía a sus aposentos. Poseída por una atracción tan poderosa que no parecía propia del género humano, Sémele dio por los desiertos pasillos un largo y disimulado rodeo que la llevó a las terrazas del jardín, tras la huidiza sombra del guerrero desconocido.

Avanzó cautelosa entre setos y arriates, embriagada por el perfume nocturno de las flores primaverales. Deambuló aquí y allá, como si estuviera dando un paseo, aunque en realidad lo que movía sus pasos era un ansia que ni ella misma lograba entender: nunca, hasta entonces, se había sentido atraída por un hombre. Cuando ya empezaba a perder la esperanza, en la última y más baja de las terrazas, recortada sobre el precipicio, divisó la alta figura delineada en el horizonte. Pero él no contemplaba la plateada llanura: sus hipnóticos ojos atravesaban la oscuridad como si de un rayo celeste se tratara, para clavarse en las verdes pupilas de Sémele y pedirle sin palabras que se acercara a él. Ella avanzó despacio, fatalmente atraída por aquel ser misterioso. Un repentino temblor recorrió todo su cuerpo cuando la mano de él se posó sobre su hombro.

—¿Quién eres? —balbuceó Sémele.

—No importa quién sea. Más pronto o más tarde tu corazón te lo dirá. Dime solo si aceptas estar conmigo —su voz retumbó, grave y sugerente, como el lejano rumor del trueno.

Sémele no pudo responder. Su corazón, desbocado, se rindió inmediatamente, sin la más mínima protesta, ante el aura de poder que emanaba de aquel joven imponente. No

supo hacer ningún esfuerzo por evitar que él la estrechara entre sus brazos. A partir de ese momento, solo la luna fue testigo de sus intensas caricias. Una luna que, con el cielo y todas las estrellas, parecía haberse confabulado para proteger lo que se convertiría en el mayor de sus secretos.

∞

Desde hacía unos meses, un extraño desasosiego se había filtrado en el palacio del rey como un mal presagio, como una insidiosa nube gélida que se propusiera interrumpir la calidez del naciente estío. El rey y su esposa, Harmonía, intentaban descifrar las inquietantes señales de que algo nuevo, una poderosa presencia, se había instalado en la vida de su hija: Sémele había cambiado, en sus ojos refulgía una mirada distinta y nadie lograba adivinar el motivo. Se mostraba tremendamente feliz, pero su alegría era diferente y parecía preñada de una extraña placidez. Además, había dejado de participar en los juegos y conversaciones con sus hermanas, y cada vez más a menudo se la veía sola, ensimismada, con una leve y silenciosa sonrisa dibujada en los labios.

La reina Harmonía, hermosa como su madre, Afrodita, e impaciente como su padre, Ares, el dios de la guerra, observaba con preocupación a su hija y varias veces siguió disimuladamente sus pasos. Así descubrió que algunas noches desaparecía de sus aposentos. La reina interrogó una y otra vez a sus hermanas, a sus sirvientas y también a Béroe, la nodriza de Sémele, pero nadie supo darle una respuesta satisfactoria. Entonces decidió hablar con su esposo.

—Cadmo, esposo mío, no logro calmar mi inquietud por nuestra hija —le dijo un día al rey—. Ya son tres las noches

en que he ido a buscarla y no la he hallado en sus aposentos. Afirma que sale a pasear por los jardines, pero nadie la ha visto, ni siquiera Béroe, su aya.

—Yo también he notado en ella un extraño cambio, pero parece tan feliz... Quizá esté enamorada —insinuó el monarca.

—Pero ¿de quién? Sus sirvientas, que están cerca a todas horas, me han asegurado que ningún hombre se ha acercado a ella. En cambio, su rostro arrebolado y la placidez de sus maneras me recuerdan los días en que yo estuve embarazada.

—Pero eso es imposible, Harmonía. Los soldados que montan guardia durante toda la noche me habrían avisado de la presencia de cualquier desconocido, y lo habrían detenido.

—Tienes razón, esposo mío. Y, además, estoy segura de que nuestra hija no nos ocultaría un hecho tan importante.

Y es que el secreto de los dos amantes estaba bien guardado: solo los altos cielos lo conocían. Una noche —una de muchas—, cuando el palacio dormía entregado a los brazos de Morfeo, Sémele burló por enésima vez a sirvientas y guardianes, y fue al encuentro de su amante en una de las cuevas cercanas, cuyas altas y oscuras paredes servían de refugio a sus encuentros.

—Mis padres y mis hermanas, todos en palacio, sospechan cada vez más de mí —le confesó Sémele a su amante—. Dime qué debemos hacer, pues ya se cumplen varios meses desde que el fruto de tu simiente comenzó a crecer dentro de mí y pronto no podré disimularlo.

—No debes preocuparte, Sémele, cuando llegue el momento se sabrá la verdad —respondió el guerrero.

—Pero también me inquieta no saber nada ti, amar a un desconocido. Dime quién eres. Solo sé que te amo y que llevo a tu hijo en mi vientre —insistió Sémele.

El guerrero la contempló desde su altura y, abrazándola, para mitigar el efecto de la revelación, le dijo al oído, con la suavidad de un amante entregado:

—No soy un mortal cualquiera, Sémele. Muy al contrario, soy un dios, el mayor de todos, y el niño que llevas en tu vientre será también un dios.

Sémele levantó la mirada y clavó sus ojos en los de él, asustada. Su rostro pasó del asombro a la incredulidad. Se estaba burlando de ella, sin duda. Sin embargo, la intensidad y el poder del abrazo de aquel joven, que afirmaba ser un dios, de algún modo misterioso e inexplicable traspasaron todo su cuerpo y la tranquilizaron. Cuando notó que Sémele dejaba de temblar entre sus brazos, prosiguió el guerrero:

—Soy el padre de los dioses, y os amo a los dos. Y si a tu alma mortal le cuesta creer lo que te digo, puedes pedirme una prueba de mi poder. Piénsalo, ¿cómo crees que habrías podido escapar a tus vigías si yo no te hubiera hecho invisible a sus ojos?

Sémele seguía anonadada: las dudas volvieron a asaltarla y no supo qué decir. Al final, haciendo un gran esfuerzo y mirándolo a los ojos, le preguntó:

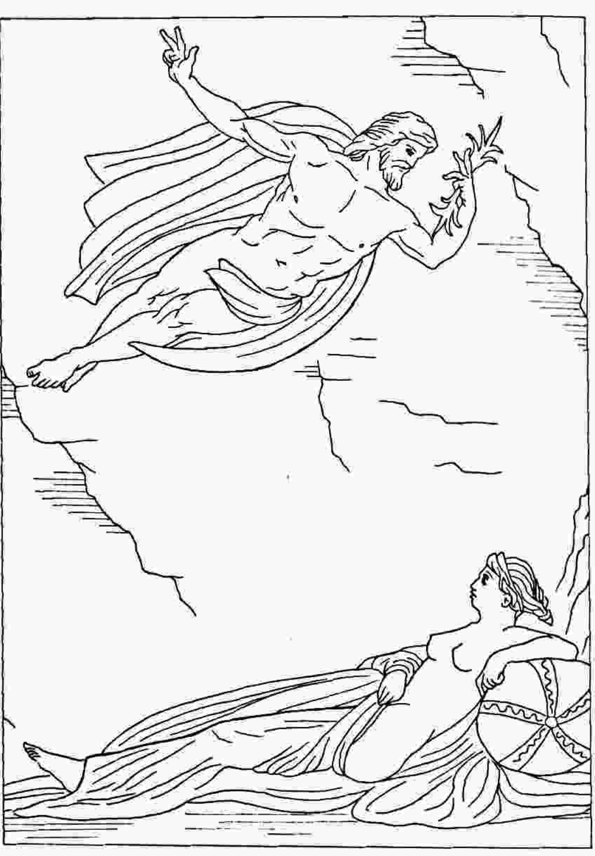
—¿Cómo pretendes que te crea? Ante mí veo a un hombre, no a un dios. Y si realmente fueses quien dices ser, ¿por qué habrías de fijarte en mí, una simple mortal? Las diosas, las ninfas, los seres celestes que acompañan a Zeus son de una hermosura imposible de igualar.

—Lo que dices es cierto —respondió él, sin dejar de estrecharla entre sus brazos—, pero vosotros, los mortales, poseéis algo que a los dioses nos está vedado, algo que, a pesar de vuestros infinitos defectos, envidiamos: el poder del amor sin límites, de la bondad sin contrapartidas... Y si te cuesta creerme, te lo digo por segunda vez: pídeme lo que quieras, cualquier prueba que te pueda convencer te será concedida.

Sémele quedó todavía más confusa, pues le resultaba imposible alcanzar el sentido de aquellas palabras. Finalmente, se desprendió del abrazo de su amante y, sin proferir palabra alguna, abandonó la cueva. Se dirigió cautelosa a sus aposentos, con todo su cuerpo estremecido todavía por las caricias del dios, y volvieron a asaltarla las dudas: «¿Cómo puede ser Zeus ese joven guerrero, si tiene brazos y piernas, ojos y labios y una cabellera de dorados rizos?».

Mientras estos pensamientos la inundaban recordó lo que él le había dicho y ella no había advertido en todas aquellas noches de furtivos encuentros: los guardias no la habían detenido nunca y todos los habitantes del palacio parecían sumidos en un sueño tan profundo que se asemejaba al de la muerte. Entonces divisó a los soldados que custodiaban la gran sala. Temblorosa, decidió que, en vez de ocultarse, pasaría delante de ellos. Dio un paso hacia el centro de la sala, dio otro y volvió a esconderse tras una columna, con el corazón desbocado: no podía permitirse que la descubrieran. Torturada por las dudas, llegó hasta sus habitaciones y se acostó, presa de una gran agitación.

Tras la entrada de la joven, y sin que nadie en palacio se diera cuenta, un gran fulgor iluminó las paredes de la gruta, de las grietas surgieron relámpagos que atravesaron el cielo como saetas y un viento furioso agitó sin piedad las copas de los árboles cercanos. Una nube resplandeciente y amenazadora



Solo los altos cielos conocían el lugar secreto donde se reunían los dos amantes.

preñada de rayos cubrió la montaña y, en medio del rugiente torbellino, Zeus, el padre de los dioses, recuperada ya toda su majestad, se elevó hacia las alturas.

∞∞

Mientras, algo había ocurrido en la morada de los olímpicos. Hera, la esposa de Zeus, había seguido muy de cerca la traición de su esposo desde que acudiera al banquete del rey Cadmo, y había incubado su ira desde entonces. Ahora, por fin, se le presentaba la oportunidad de vengarse, tal como solía intentar hacer con cada una de las amantes mortales de Zeus.

Descendió, invisible a los ojos humanos, hasta la morada de los mortales, y se materializó en la habitación de Béroe, la nodriza de Sémele, a la que hizo dormir profundamente con un solo movimiento. Entonces, la majestuosa figura de la esposa de Zeus se transformó: comenzó a encogerse, su recta espalda se inclinó, su alta corona adoptó el aspecto de un círculo de canosos cabellos, la granada de su mano se trocó en un nudoso bastón y la fiereza de su mirada desapareció en su nuevo rostro de bondadosa anciana. Con paso vacilante, apoyándose con gran esfuerzo en su cayado, fue al encuentro de la odiada amante, dispuesta a enterrar más profundamente en su corazón la semilla de la duda.

Cuando Sémele vio entrar en sus aposentos a Béroe, con sus plateadas sienes y su andar vacilante, se sintió abrumada por la culpa y se preguntó si debía liberarse del secreto que la atormentaba y descargar su ansiedad en su querida nodriza, que la había cuidado desde la infancia y la amaba más incluso que su propia madre. De ella no cabía esperar cólera

ni reproches. La abrazó y la besó, sin saber que abrazaba a su peor enemiga, a la más vengativa de las diosas del Olimpo. La falsa Béroe, acariciándole una mejilla, le dijo:

—¿Qué te atormenta, Sémele? Has cambiado, ya no confías en mí. Sé que sucede algo que guardas enterrado en tu corazón. Debe de ser muy terrible para que no me lo hayas contado.

Sémele se derrumbó ante las falsas muestras de afecto de la impostora. Acercó los labios a su anciano rostro y murmuró a su oído en voz baja:

—Querida aya, tengo que confiarte un secreto muy grande: estoy enamorada...

—¿Cómo puedes pensar que no lo había advertido, querida niña? —dijo la falsa Béroe, toda dulzura y caricias—. Lo imaginé por la felicidad que ilumina tu rostro y por tus misteriosas desapariciones nocturnas.

—Pero eso no es todo, Béroe: estoy embarazada del joven guerrero y se han cumplido ya varios meses..., pronto no podré ocultarlo —confesó Sémele, al borde de las lágrimas.

—¿Y ese joven te ama? —dijo la impostora, sin mostrar el menor signo de sorpresa.

—Me ama con locura, Béroe, y si hasta ahora pensaba que era un simple mortal que estaba arriesgando su vida al desafiar la cólera de mi padre... —susurró Sémele, mirando fijamente a la que creía su aya—, ahora sé que es un dios, sin cuyo poder nuestros encuentros no habrían sido posibles. Me ha dicho que es Zeus, con forma mortal...

—No quiero inquietarte, Sémele... —argumentó la pérfida Hera, como si la extraordinaria revelación no la impresionara en absoluto—, pero lo que me dices es imposible. Ahora veo cuán profundo es tu enamoramiento, tanto que te ha hecho

perder la razón. ¿Por qué iba Zeus a fijarse precisamente en ti, una mortal más entre los cientos de miles que pueblan la Tierra, aunque seas la bella nieta de Afrodita? El gran dios dispone de diosas y seres de gran belleza para satisfacer todos sus deseos... ¿Por qué habría de escogerte a ti?

Sémele protestó, enfurruñada, pues no esperaba esta reacción de su nodriza, pero la falsa Béroe hundió todavía más el puñal de la duda en el corazón de la joven enamorada:

—Sabes que te amo más que a mi propia vida, Sémele, y por eso quiero protegerte. Estoy convencida de que se trata de un impostor, de un musculoso guerrero de tierras lejanas, un embaucador que se ha aprovechado de tu juventud y tu ingenuidad haciéndose pasar por un dios. Piensa que los amantes mentirosos siempre prometen lo que las muchachas quieren oír. Si no te lo ha ofrecido ya, seguro que en algún momento te ofrecerá una prueba de amor, una bagatela con la que espera contentarte.

— Lo ha hecho. Me dijo que podía pedirle cualquier prueba que me demostrase su divinidad. Pero ¿qué le puedo pedir? —dudó Sémele—. ¿Qué se le puede pedir a un dios? Soy hija de un rey, y las riquezas y honores de los hombres no me interesan en absoluto.

Entonces la falsa Béroe asestó la estocada definitiva en la confusa mente de Sémele:

—Pídele, en cumplimiento de la promesa que te ha hecho, que abandone su disfraz mortal y se muestre ante ti como el dios que afirma ser, revestido de todo su poder y magnificencia, y que, como tal, te ame, que te abrace como abraza a su esposa Hera en su lecho nupcial —sentenció la diosa disfrazada—. Si verdaderamente es Zeus, este será un deseo muy fácil de satis-

facer, y si es un hombre, no tendrá más remedio que confesar su engaño y retirarse avergonzado.

Sémele calló, abrazada a la que creía su aya. Ahora un único pensamiento turbaba su mente: ¿cuándo podría ver a su amado para que le demostrara que era el dios que afirmaba ser? Pues una vez que se hubiese manifestado ante todos con su verdadera naturaleza, podría revelar finalmente su secreto sin temor a ser reprendida y dar a luz a su hijo, el hijo de Zeus.

∞∘

Cuando por fin llegó el día de su ansiado reencuentro, entusiasmada y llena de alegres pensamientos, Sémele se dirigió hacia la cueva secreta que se había convertido en testigo mudo de sus apasionadas citas. Avanzó cautelosamente por pasillos y jardines, maravillada ante el milagro de que nadie advirtiera su presencia. Algunas antorchas humeantes iluminaban el camino hacia el sendero. Cuando llegó a las cercanías de la cueva, oculta a la vista por una espesura de zarzas y la cascada de un riachuelo, advirtió un débil resplandor tras la cortina de agua: Zeus ya la estaba esperando.

El dios, mutado en mortal, la abrazó apasionadamente, amaba a aquella mujer más que a ninguna otra de las que habían estado entre sus brazos, pues advertía, en su inocencia y en la pasión que le demostraba, algo distinto, algo que a los dioses, a causa de su poder omnímodo y aterrador, les estaba vedado. Estaba absorto en estos pensamientos cuando habló Sémele, acurrucada entre sus brazos:

—Amado mío, soy feliz a tu lado, tu amor y el que siento por el hijo que viene llenan mi corazón…, solo una sombra enturbia mi felicidad.

—¿Y qué sombra es esa, Sémele? Nómbramela y la disiparé al instante —dijo Zeus—. Puedes pedirme lo que quieras, pues así te lo prometí; no en vano soy el soberano del Olimpo.

Entonces Sémele pronunció la fatal sentencia:

—Abrázame como abrazas a Hera cuando yaces con ella en tu lecho.

Zeus, sorprendido por la audaz e imprudente petición, soltó un gemido y quiso tapar enseguida la boca de Sémele, evitando que pronunciara aquellas palabras, pero ya habían resonado, rápidas y fatales, entre las paredes de la cueva. La mujer de la que se había enamorado le acababa de pedir su condena, sin saberlo, sin sospechar las dimensiones de su inmenso poder.

El semblante del dios se transformó: de la dulzura del amor pasó a una expresión en la que el dolor y la ira se entremezclaban violentamente. Se liberó de los brazos de Sémele y comenzó a dar furiosos paseos por el interior de la cueva, soltando todo tipo de imprecaciones. Sémele se asustó, pues tras el noble semblante del amado aparecía un ser desconocido, alguien terrible y amenazador que no alcanzaba a comprender. Por un momento pensó en retirar su petición, pero la curiosidad pudo más que el temor ante lo desconocido. Protestó:

—Tú mismo lo dijiste: «Puedes pedirme una prueba de mi poder…».

Zeus le lanzó una fiera mirada.

—Sí, es cierto. Y ahora veo que vuestras virtudes son también vuestras mayores debilidades: tu ingenuidad y tu bondad pueden causar tu ruina. Ahora me doy cuenta de que los mortales sois incapaces de comprender la verdadera naturaleza de los dioses.

Sémele intentó protestar de nuevo, pero ya era tarde: Zeus debía cumplir con su palabra. Y entonces, afligido, pero también cargado de ira divina por el fatal desenlace de aquella promesa envenenada, abandonó su disfraz mortal.

Ante los ojos de una aterrorizada Sémele, el hombre al que amaba se transformó en un torbellino de fuego que, en medio de un terrible estruendo, escapó de la cueva y ascendió al alto éter. Los habitantes del palacio despertaron ante la furia de los cielos desatada, los padres y hermanos de Sémele, sirvientes y soldados, salieron temerosos a terrazas y atrios, ante lo que parecía una tormenta jamás vista.

Desde el alto firmamento, con un solo gesto de su rostro, Zeus arrastró a las nubes y a las borrascas, hizo girar a su alrededor relámpagos, vientos y truenos, y empuñó con la diestra su cetro: el mortífero rayo que solo él lograba dominar y con el que podía hacer estallar a las más lejanas estrellas. Descendió entonces en toda su magnificencia, para dar satisfacción, aun contra su voluntad, a la promesa que le había hecho a Sémele.

Los cielos y la tierra se iluminaron, como devorados por un sol abrasador, desde la cumbre del Citerón hasta las lejanas orillas del mar, inundando las llanuras con una luz cegadora que hizo refugiarse a los animales más salvajes en cuevas y madrigueras, y postró en tierra a todos los hombres y mujeres, presas de un pánico paralizador. Sémele, hipnotizada por la auténtica y aterradora figura del dios, apenas tuvo tiempo de asombrarse; en cuanto Zeus la tomó entre sus brazos y la cubrió con su cuerpo, el fuego del rayo acabó con su vida. Y aunque el dios intentó reducir la mayor parte de su fuerza y disminuir la violencia de su poder desatado, todo fue inútil: Sémele agonizaba ante sus ojos.

2

La venganza de la diosa

El silencio se hizo atronador. Ni las fieras, espantadas, se atrevían a asomar de sus cubiles. Era como si una celestial herida se hubiese abatido sobre todos los seres vivientes e incluso las sombras contuvieran el aliento, expectantes ante un inminente cataclismo. Zeus, el más poderoso de los dioses, se había manifestado.

Pero no todo era muerte. Zeus, mudo ahora, sostenía entre sus brazos el cuerpo abrasado de Sémele, mientras en sus oídos, procedente de las altas nubes e inaudible para todos los mortales, resonaba la siniestra risa de su vengativa esposa Hera. El dios de los cielos advirtió que aún existía un hálito de vida en el vientre de la desventurada joven: el fruto de su amor no había perecido, pues el cuerpo de su amada había formado un escudo protector alrededor de sus inmaduros miembros. Al advertirlo, con la sola fuerza de su mente, Zeus pensó para sus adentros:

—¡Hefesto, acude al instante! —sus palabras, no pronunciadas, provocaron un nuevo temblor entre los montes.

Al instante, una llameante bola de fuego atravesó los cielos y fue a posarse junto a Zeus. Un estrépito de metales entrechocando, como terribles martillazos, surgió del ígneo resplandor, que se fue apagando para mostrar los contornos de una figura que se acercó cojeando hasta Zeus. Era Hefesto, dios del fuego y de la forja, del yunque y de la fragua, el que con su poderoso martillo había forjado todas las armas de los olímpicos.

—Aquí estoy, señor. Acudo presto a tu llamada. ¿Quién es esta sombra a la que acunas entre tus brazos?

—Es Sémele, una mortal a la que he amado como a ninguna otra, y que ha sido víctima del rencor de Hera, que la ha engañado con una sucia treta y la ha convertido en víctima de mi propio poder.

—¿Y qué quieres que haga yo, divino Zeus? Ahora ya pertenece a Hades y debe viajar hasta el inframundo. Así lo decretan las leyes divinas —dijo Hefesto.

—Es cierto, Hefesto, nada puedo hacer por mi amada —rugió Zeus, con una voz de trueno que estremeció toda la montaña—. Ella ha traspasado el umbral de la vida, carbonizada por mi rayo, pero veo que en su vientre late todavía el fruto de nuestro amor.

Hefesto, envuelto en su llameante aura, no hizo más preguntas. Ahora solo cabía esperar la decisión del dios, que finalmente dijo:

—No puedo permitir que mi hijo muera; sería ir contra la propia naturaleza de los dioses. Tú lo rescatarás del vientre de su madre para que yo pueda criarlo con mi carne y mi sangre.

Al instante apareció en la mano de Hefesto un pequeño y afiladísimo destral. Apoyándolo delicadamente sobre el ennegrecido vientre de Sémele, hizo una incisión horizontal de la que surgió la diminuta cabeza del inmaduro infante.

—Ahora lo ocultaré en un lugar donde Hera jamás sospechará que pueda estar, totalmente fuera de su alcance —dijo el padre olímpico, sosteniendo entre sus poderosos brazos a su hijo, que se agitaba y gemía débilmente. Apartó la túnica que cubría su muslo derecho y le ordenó a Hefesto:

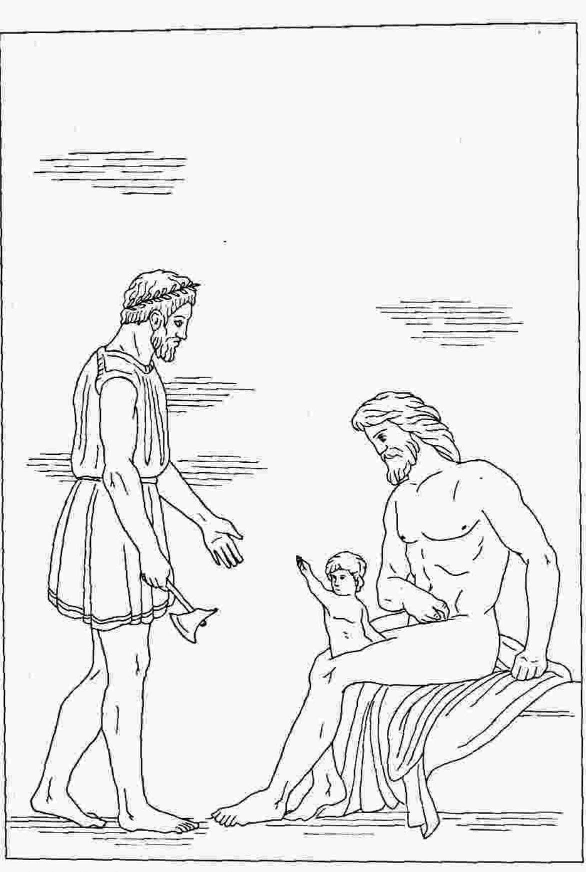
—Corta mi muslo, forma en él una cálida cueva que, cual vientre materno, albergue a mi hijo. Yo lo alimentaré con mi propia sangre hasta que esté preparado para nacer por segunda vez.

Sin decir palabra, pues había comprendido al instante la intención del padre de los dioses, Hefesto tomó de nuevo el destral e hizo un profundo corte en el poderoso muslo del dios de los cielos. Entonces Zeus depositó al niño en la paternal cueva, de la que manaba mansamente la infinita y vivificante sangre divina, el icor, y esperó a que Hefesto le cosiera la herida.

Y así quedó el hijo de Zeus y Sémele protegido de la ira de la diosa, oculto en un lugar inexpugnable al que nadie sin excepción, fuera mortal o dios, podría acercarse sin resultar fulminado.

◇◇◇

Las nubes se apartaban presurosas a su paso, pues sabían de la urgencia que empujaba los alados pies de Hermes, el mensajero de los dioses. Y enseguida se amontonaban de nuevo, ocultándolo tras un oscuro y amenazante cúmulo preñado



Hefesto formó una cueva en el muslo de Zeus para albergar al hijo de Sémele.

de rayos. Así privaban a los hombres de la visión de lo que ocurría en las regiones celestes, pues esa era la orden que les había dado Zeus. ¿Cuál era el secreto que ocultaba Hermes entre sus brazos? ¿Cuál era el mensaje que transportaba a través de fronteras y territorios?

Pronto divisó su destino el de los pies alados, pues estaba muy cerca, en las mismas llanuras de Beocia. Allí, entre sus ríos y cerca del lago Copaide, se hallaban los feraces campos salpicados por los diques y canales con los que los súbditos del rey Atamante, los minias, habían domeñado las malsanas marismas.

Hermes posó su astuta mirada en Orcómeno, la capital del reino, amurallada y encaramada en los escabrosos riscos que conducían a la cumbre del Aconio. Aquel era su destino, no muy lejos de la fortaleza de Cadmea donde se había originado el drama. El mensajero recordó entonces lo que le había dicho su padre Zeus: «Lo ocultarás cerca del lugar donde acaeció todo, pues Hera dirigirá su rencorosa mirada hacia todos los extremos de la Tierra, imaginando que quiero alejar a mi hijo de su furia homicida lo más posible. Así, escondiéndolo bien cerca, lograremos engañarla».

El hijo de Zeus, Dioniso, el nacido dos veces, ese era el secreto que protegía Hermes. Los cielos se abrieron y de entre las nubes apareció el dios, que en un último y veloz arrebato se plantó en medio del palacio del rey de Orcómeno, arrastrando tras de sí jirones de nubes y ráfagas de viento. El rey Atamante y su segunda esposa, Ino, la hermana de la desgraciada Sémele, ya contemplaban el cielo atraídos por el espectáculo celeste que acompañaba al dios de alados pies. La reina se adelantó para recibir a Hermes.

—Bienvenido seas, mensajero de los dioses… Habla, pues tus deseos serán cumplidos sin tardanza —dijo Atamante.

Entonces Hermes apartó hacia un lado su capa, abrió los brazos y les mostró a un niño recién nacido. Los murmullos se apagaron. En el rostro de la esposa del rey se dibujó una expresión entre asombrada y temerosa, pues creyó adivinar lo que se avecinaba. Y el mensajero de los dioses habló, dirigiéndose a ella y ofreciéndole al niño:

—Como bien imaginas, Ino, este es el fruto de las entrañas de tu hermana Semele, cuya espantosa muerte tan bien conoces. Es Dioniso, el nacido dos veces. Primero nació del vientre de su madre y ahora ha nacido de la carne y la sangre de su padre, Zeus, por lo que su sustancia es divina. Ahora, en nombre del padre de los dioses, te encomiendo su crianza y que lo protejas celosamente de la rabia de Hera.

Ino, conmovida, dio un paso adelante con los brazos abiertos, pero Atamante, el valiente rey de los guerreros minias, la detuvo y se atrevió a protestar:

—No es justo lo que nos pides, divino Hermes, pues sin duda habremos de enfrentarnos a la terrible furia de Hera, de sobras conocida —musitó, con el rostro cubierto por la máscara del miedo.

—No tienes nada que temer —arguyó el astuto Hermes, quien tenía fama, entre los dioses y entre los mortales, de ser un verdadero maestro a la hora de convencer a cualquiera de lo que más le convenía—. No olvides que es Zeus, el padre de los dioses, quien te ordena que críes y cuides a su hijo.

—No lo olvido, Hermes —prosiguió Atamante—, pero tampoco logro sacar de mi cabeza los castigos que han caído sobre los enemigos de la esposa celeste. Su venganza perdura durante generaciones y temo que se cebe, si no en nosotros, en nuestra descendencia. ¿Qué podemos hacer para sustraernos a su rencorosa mirada?

—Seguir al pie de la letra las órdenes de Zeus —dijo Hermes, que ya tenía preparada la respuesta.

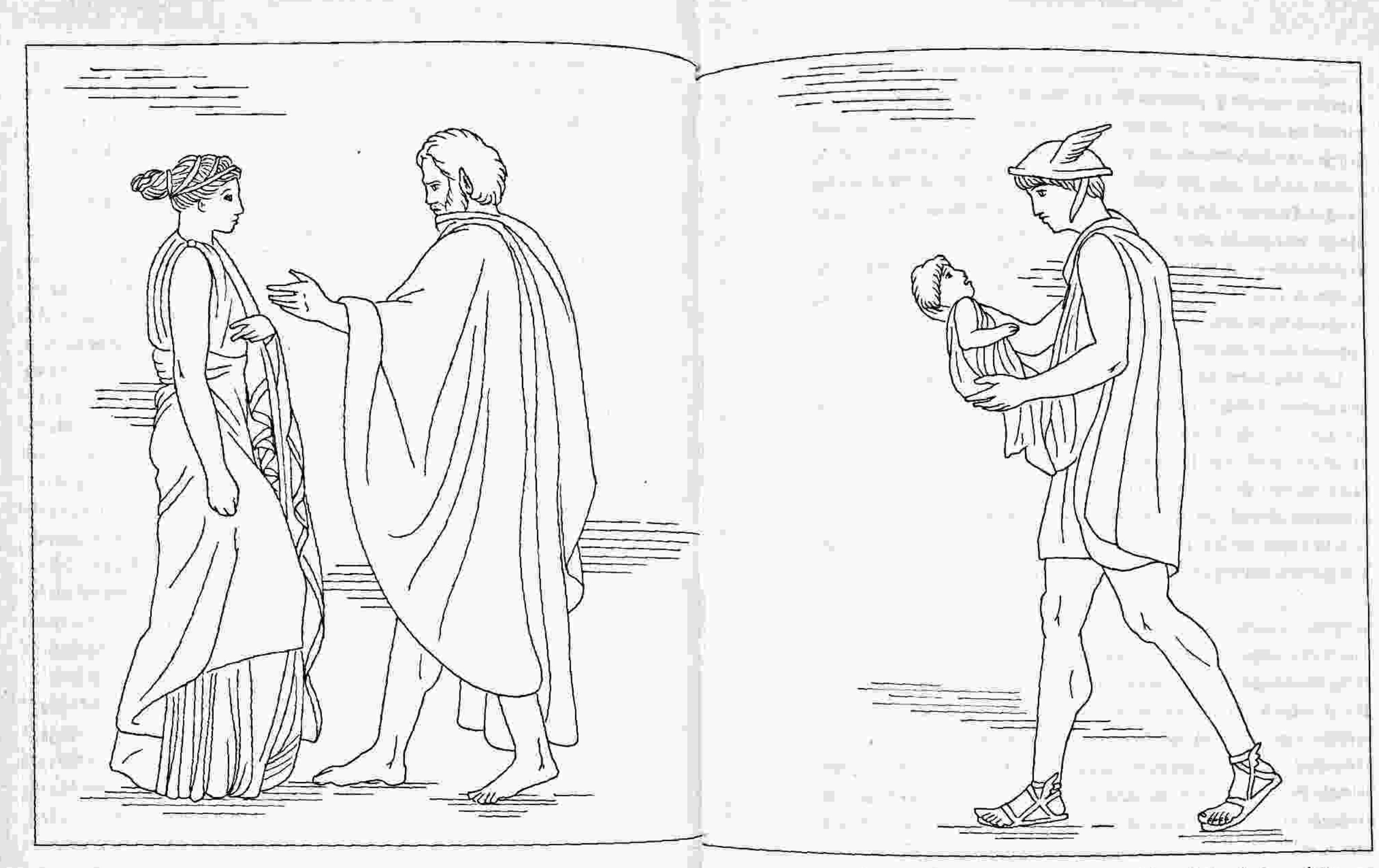
∞

Los primeros años tras la visita de Hermes transcurrieron sin sobresaltos. Dioniso crecía con sus primos Learco y Melicertes; la paz reinaba en las tierras y en el palacio de Atamante; la vida seguía su curso, solo turbada por el griterío de los juegos infantiles.

Una luminosa mañana, como de costumbre, el sonido de las pequeñas espadas de madera resonaba en el patio al chocar con los escudos de cuero. Dos niños y una niña de corta edad se ejercitaban en las artes de la guerra, al igual que antes que ellos habían hecho todos sus ancestros: la guerra formaba parte de la vida, desde la infancia, en aquellas tierras y en aquellos tiempos.

La niña, que ya aventajaba a sus dos compañeros en más de una cabeza de estatura, los atacó impetuosamente, pero se enredó en su túnica y cayó de bruces al suelo. Los dos hermanos se burlaron de su torpeza. Entonces, como ya había sucedido en muchas otras ocasiones, la figura femenina se incorporó lentamente y los contempló con un semblante muy serio, casi amenazador.

Al instante, sus contornos comenzaron a confundirse: una niebla, entre espesa y resplandeciente, inundó el aire que rodeaba a la pequeña, mientras los sonidos del entorno se acallaban, como si obedeciesen a una orden secreta.



Atamante detuvo a su esposa, Ino, conmovida por la llegada de su sobrino.

Confundidos en la niebla, que giraba a su alrededor, los delicados brazos y piernas de la pequeña crecieron, convirtiéndose en fuertes y musculosos miembros. Finalmente, del lugar donde había estado la niña emergió un apuesto mozo.

—Cuidad vuestras palabras; burlaos ahora, si os atrevéis —dijo Dioniso, desafiante, con una voz calmada pero preñada de una poderosa y amenazante fuerza.

Esta había sido la orden de Zeus transmitida por Hermes: «Debéis vestirle, desde ahora mismo, con ropas femeninas, como si fuese una niña, y educarlo junto a vuestros hijos. De este modo Hera será incapaz de encontrarlo».

Los dos hermanos callaron, intimidados. Hacía ya tiempo que se habían acostumbrado a los mágicos cambios de aspecto de aquel ser, que podía convertirse a voluntad en un hombre o una mujer. Y también conocían muy bien el lado oscuro de la personalidad de Dioniso: en su corazón anidaban dos almas, una ingenua y benevolente, y otra muy distinta, que podía ser feroz y violenta. Eran las dos almas de sus padres, a los que no había conocido.

◇◇◇

Las estaciones cerraron su ciclo sobre la Tierra una y otra vez, sin descanso, mientras Dioniso crecía al lado de aquellos a quienes consideraba sus hermanos. En Orcómeno las antiguas guerras habían dado paso a una era de paz y buenas cosechas. Los sacrificios y ofrendas a los dioses daban sus frutos. Pero entonces, la vida en el país de Orcómeno comenzó a cambiar. De un modo casi imperceptible al principio, una cierta inquietud, un veneno invisible, se internó lenta e insidiosamente en las mentes de sus habitantes, como

una de las antiguas miasmas de los pantanos. Extrañas señales se multiplicaron: el ganado se desorientaba y se perdía entre los montes, las cosechas se agostaban inexplicablemente e inesperadas tormentas sin lluvia se cernían sobre las cumbres y los campos. Una extraña melancolía se apoderó de la corte, y las miradas de los reyes se ensombrecieron y enturbiaron. Un rumor empezó a extenderse entre las gentes como una enfermedad maligna: sobre Orcómeno había caído una maldición.

—Los dioses nos están hablando, esposa mía. Seguramente, de un modo que no conocemos todavía, los hemos ofendido —le dijo Atamante a Ino—. Quizá Zeus no está satisfecho...

—Tal vez sea así —respondió Ino—, pero no lo creo, pues Hermes nos aseguró que Zeus nos protegería. El padre de los dioses no enviaría estas desgracias al lugar donde vive su hijo...

—Entonces estamos condenados. Si es Hera la causante de nuestros males, si nos ha descubierto, lo único que podemos hacer para calmar su ira es ofrecerle un sacrificio, una ofrenda que no pueda rechazar.

Pero las mentes de los esposos estaban ya confundidas por la magia de Hera. En vez de encomendarse a Zeus pidiéndole que los protegiera, consultaron a oráculos y adivinos, ordenaron a sus sirvientes que buscaran las mejores reses, a los cazadores que cobraran las mejores presas, a los campesinos que reunieran sus mejores granos... Una febril actividad se apoderó del palacio, los establos y graneros se llenaron por completo: se preparaba un gran sacrificio de desagravio.

Sin embargo, a pesar de todos estos preparativos, el insidioso veneno de la diosa no se detuvo. Los reyes, con la mente

obnubilada, empezaron a hablar solos y a olvidar cada vez con mayor frecuencia los nombres de todos sus sirvientes y allegados, y pronto dejaron de reconocer incluso a sus propios hijos. En su mente solo pervivía un único pensamiento: encontrar la mayor de las ofrendas para satisfacer a Hera. Los soldados y sirvientes de palacio se miraban desconcertados, sin saber qué hacer.

La reina recorría las estancias con una mirada cada vez más enloquecida, presa de la angustia. Por fin, una mañana, Ino despertó con una mueca de determinación impresa en su rostro, pues creía haber hallado el remedio para su infortunio. Totalmente decidida, se encaminó hacia los aposentos donde dormían sus hijos. Solo encontró a uno de ellos, Melicertes, todavía profundamente dormido.

Con un violento gesto, como el matarife que atrapa a su víctima, lo despertó y, agarrando con fuerza la cabellera del muchacho, sin pronunciar ninguna palabra, lo arrastró por los pasillos hasta las cocinas, ante la mirada estupefacta de los sirvientes. Melicertes gritaba por el dolor y el espanto que le producía la torva faz de su madre, suplicándole que lo soltase. Pero Ino, en su locura, no se daba cuenta de que aquel al que arrastraba era su propio hijo: se creía un pastor que acababa de escoger al mejor de sus corderos para sacrificarlo. Apartó con violentos manotazos a todos aquellos que intentaron detenerla y que gritaban llamando al rey, al que no hallaron en ninguna parte.

Así, en medio de las protestas de todos los que se cruzaban en su camino, llegó la reina con su presa a las cocinas del palacio. Los sirvientes, que se afanaban en torno a los humeantes calderos, levantaron la cabeza sorprendidos por el griterío.

Ino se dirigió directamente a uno de los cocineros, que se disponía a degollar a un cabrito, y le arrebató de las manos el afiladísimo cuchillo. Entonces, Melicertes, aprovechando que su madre lo sujetaba con una sola mano, se soltó de la férrea garra con un brusco tirón que le arrancó un grueso mechón de cabellos. Aterrorizado, intentó huir, pero se dio de bruces contra el grupo que, mudo de asombro, estaba taponando la puerta.

—¡No huyas, maldito, tus balidos no te librarán del sacrificio! —gritó su madre, que saltó sobre él como una arpía dotada de una fuerza sobrehumana.

Todos los que estaban allí se quedaron petrificados, incapaces de reaccionar ante la espantosa e increíble escena que estaban presenciando.

Allí mismo, en el suelo, Ino hincó una rodilla sobre la espalda de su hijo más amado, lo cogió por la barbilla y, levantando con determinación la cabeza del muchacho con la mano izquierda, apoyó el cuchillo en su garganta y lo degolló de un profundo tajo.

Melicertes se desplomó, con un último grito ahogado por los borbotones de sangre, y quedó tendido, con la cabeza casi desgajada del cuerpo. El oscuro fluido llegó hasta los pies de Ino, que no cesaba de repetir una hipnótica letanía:

—Ahora la diosa estará satisfecha, la diosa estará satisfecha, ahora la diosa estará satisfecha… —decía una y otra vez, mientras arrastraba por los pies el cadáver de Melicertes hasta los fuegos donde hervían los grandes calderos.

Y con aquella misma fuerza que no era la suya, sino la de la venganza de la esposa divina, levantó el cuerpo y lo sumergió en uno de ellos. Las salpicaduras le quemaron las manos, pero

no sintió ningún dolor. Y en ese mismo instante una risa siniestra, procedente de ninguna parte, penetró por los ventanales mientras Ino contemplaba sus manos teñidas por la sangre de su hijo más querido, el don más preciado que, sin quererlo, le acababa de ofrecer a Hera.

Los desgarradores lamentos de los que habían contemplado la escena barrieron la insania de la mente de Ino, como el fuerte viento que se levanta de pronto y arrastra la niebla de los valles.

La reina se vio a sí misma de pie, lejos de sus aposentos, con la túnica y las manos empapadas de sangre. Delante de ella, flotando en un burbujeante y oscuro líquido, los ojos aterrorizados de su hijo le seguían lanzando la postrera pregunta, que ahora por fin pudo comprender.

Muda de dolor, estupefacta, Ino lo comprendió todo en un instante, pues la locura insuflada por la diosa ya se había extinguido, una vez satisfecha su venganza. Sin embargo, su lucidez duró muy poco y se desvaneció de nuevo como la luz del sol en el último segundo del ocaso. Se apoderó de ella una nueva locura, pero esta vez muy diferente, pues la causaba el dolor de una madre que acaba de matar a su propio hijo.

Entonces, abrasándose los brazos, extrajo el cadáver de Melicertes del caldero y, apretándolo contra su pecho, salió del palacio ante las atónitas y horrorizadas miradas de los sirvientes, y echó a andar sin rumbo fijo hasta que llegó a la orilla del mar. Hasta allí la siguieron, sin atreverse a acercarse, algunos de sus súbditos, lamentándose y rogándole que se detuviera. Pero ella no los oía, pues en su cabeza solo resonaba, repetido hasta el infinito, el último estertor de su pequeño. Sin que nadie pudiera evitarlo, Ino se

acercó al borde más abrupto del acantilado y, apretando el sangrante cadáver, se lanzó contra las espumeantes rocas. El oleaje, enfurecido, se tragó los dos cuerpos descoyuntados. Todos buscaron al rey, pero no lo encontraron: había salido de caza con Learco.

◇◇◇

En la espesura de los bosques el sol ya se había levantado y disipaba las brumas del alba. Atamante y su hijo mayor, totalmente ajenos al drama desatado en el palacio, vagaban al acecho a la sombra de abetos y cedros, armados con sus afiladísimas jabalinas. Buscaban a alguno de los grandes ciervos de alta cornamenta, un presente digno de la diosa.

Se habían separado y Learco caminaba por delante, para localizar a la presa. De pronto, tras una muralla de arbustos, el rey vio abrirse un luminoso claro. Con los ojos entrecerrados, deslumbrado por el fulgor del sol, creyó ver la silueta de un majestuoso ciervo.

En el claro, Learco había levantado los brazos, empuñada la jabalina, para avisar a su padre de que se detuviera, pues había divisado algunas sombras desplazándose en la espesura. Los ojos de Atamante, nublados por la maldición de la diosa, confundieron aquellos brazos con la cornamenta de un ciervo, y sin dudarlo, impulsado por el ansia de conseguir una presa capaz de calmar a Hera, el rey lanzó su jabalina con todas sus fuerzas hacia aquella silueta perfilada contra el sol.

Un veloz silbido rompió el silencio del bosque, seguido por un sordo golpe contra la hierba cubierta de rocío. Atamante echó a correr, llamando a gritos a Learco, para avisarlo de que habían derribado a la presa.

Cuando llegó a los pies del ciervo abatido, quedó paralizado, con el rostro desfigurado por el horror: la figura que yacía sobre la hierba, empapándola con la sangre que brotaba del corazón atravesado por la jabalina, era la de Learco. La certera lanza, guiada con fiereza por la mano de Hera, le había arrebatado, también a él, lo que más quería. De nuevo la risa siniestra descendió de las alturas, filtrándose entre las copas de los árboles: la diosa saboreaba su venganza.

◇◇◇

Las primeras luces del sol comenzaban a teñir de oro la cumbre del monte Nisa y sus laderas cubiertas de abetos y cedros. Solo se oían el trinar de los pájaros más madrugadores y el rumor cristalino de fuentes y torrentes.

De pronto, de un claro del bosque tapizado por hierba y flores emergieron sonidos de juegos y risas. Un grupo de bellísimas jóvenes, algunas desnudas de pies a cabeza y otras cubiertas por transparentes gasas, corrían y bailaban persiguiendo a un pequeño y juguetón cabrito. Sus doradas cabelleras se agitaban, sus níveos senos saltaban a cada paso, sus largos y perfectos muslos brillaban con el sudor y el rocío mezclados.

No eran las únicas que se estaban divirtiendo. En los aledaños del gran calvero y al pie de la gruta que era morada de las niseidas, se agitaban los sátiros y los silenos, a medio camino entre los hombres y las bestias, con sus orejas puntiagudas y sus cuernos y colas de cabra o de caballo. Perseguían sin tregua a las ninfas, intentando ganarse sus favores. En el otro extremo del claro, los panes, los hijos de Pan, el dios de los pastores y de los rebaños, rodeaban a su padre, que con

su siringa mágica dirigía la orquesta de rítmicos tímpanos y crótalos y de las melodiosas liras y flautas.

De pronto, todos se fijaron en el grupo central: el pequeño cabrito, que había logrado derribar a una ninfa, se colocó a cuatro patas sobre su vientre. Entonces, un remolino de blanca niebla se enzarzó sobre la sonrosada piel femenina, cubriéndola por entero, y la aprisionó: las patas del animal se convirtieron en brazos y piernas, y su cornuda cabeza, en el rostro de un bellísimo joven de maliciosa mirada, una figura en la que se mezclaban, de un modo que parecía imposible, la hermosura de una muchacha y la reciedumbre de un guerrero.

—Te he atrapado, eres mía, y ahora no tendrás más remedio que satisfacer mis deseos —le murmuró al oído Dioniso, que sentía entre sus muslos la urgencia del deseo.

—Ni lo sueñes —susurró la ninfa—, no quiero encontrarme con un pequeño carnero cornudo encima de mí —y, muerta de risa, se escabulló de su abrazo.

Las carcajadas se multiplicaron, convirtiéndose en algarabía. A pocos pasos de allí, sobre una gran roca cubierta de musgo, el barbudo y corpulento Sileno, el sabio preceptor de Dioniso, hablaba con Nisa, una hermosísima ninfa de rubios cabellos ornados de flores. Sus rostros reflejaban preocupación.

—El día se acerca —dijo Sileno—. Las señales de la presencia de Hera son cada vez más frecuentes. La maldición se ha abatido sobre Orcómeno.

—Tienes razón, el peligro avanza —terció Nisa—. Debemos advertir a Dioniso para que esté preparado.

—Yo me encargaré de hacerlo —dijo Sileno—, pues soy para él lo más parecido a un padre. Debe alejarse de aquí y

vivir entre los mortales, cuya crueldad le resulta totalmente desconocida. Y, aunque es un dios, todavía no sabe bien lo que esto significa. Debemos contarle la verdad.

La fiesta prosiguió hasta el atardecer, interrumpida solo por el ágape del mediodía, surtido por la inagotable provisión de Pan, por sus rebaños y su habilidad como cazador, y por los innumerables frutos del bosque que recogían las ninfas. Cuando las últimas luces del sol se aprestaban a abandonar los bosques, Sileno se acercó a Dioniso, que enseguida le repitió su pregunta preferida:

—¿Qué hay más allá de los bosques, Sileno? ¿Quiénes son esos que cazan entre la espesura y a los que no me dejáis que me acerque? ¿Por qué no puedo bajar a las aldeas y hablar con ellos?

Sileno lo miró: —Ha llegado el momento de que conozcas la verdad, Dioniso. No son los hombres los que hacen peligrar tu vida, sino la diosa Hera, que los usa como espías.

—¿La diosa Hera? —Dioniso abrió mucho los ojos—. ¿Qué teng o que ver yo con la esposa de Zeus?

—La vengativa Hera te está buscando desde que naciste. —El rostro de Sileno se ensombreció—. Quiere quitarte la vida, como ya se la arrebató a tus primos, Learco y Melicertes.

Dioniso lo miró, incrédulo, sin comprender el alcance de sus palabras. Entonces, el sabio preceptor, inquieto por el efecto de lo que iba a decir, prosiguió:

—No eres hijo de un sátiro y de una ninfa, como te hemos hecho creer —confesó Sileno despacio, sopesando sus palabras—. Al contrario, procedes de la simiente más poderosa del universo, la del tronante Zeus, que se enamoró de una princesa mortal, Sémele.

Y, sin esperar a que el estupefacto Dioniso pudiera reaccionar, le relató, sin ahorrarle ningún detalle, el misterio de su nacimiento y la dramática muerte de su madre.

El rostro de Dioniso fue pasando del asombro inicial a la preocupación. Entre todas las preguntas sin respuesta que se arremolinaban en su mente, una lo torturaba por encima de todas las demás. Por fin, tras largos segundos de tenso silencio, la formuló:

—Pero entonces, si soy hijo de Zeus, ¿por qué no estoy con él en el Olimpo?, ¿por qué he de permanecer escondido entre estas espesuras, transformándome ora en hombre ora en cabrito?

—Porque los dioses están divididos, Dioniso. Unos apoyan a Zeus, mientras que otros permanecen bajo el influjo de Hera. Debes ganarte su confianza demostrándoles que mereces sentarte junto a ellos. Y para ello, habrás de esperar a que Zeus te envíe una señal que te muestre qué has de hacer.

—¿Y cómo podré convencerlos? —musitó Dioniso, abrumado, intentando asimilar las palabras de Sileno—. ¿Qué puedo hacer, si nada sé de las disputas entre esos dioses a cuya familia dices que pertenezco? ¿Cómo es posible que me tenga que enfrentar a la ira de la más poderosa de las diosas? Estoy condenado al fracaso de antemano…

Se acercó la hermosa Nisa, que lo abrazó, mientras Sileno los observaba con rostro sombrío. Presentía que en el corazón del joven dios luchaban sentimientos encontrados.

3

La bebida sagrada

Antes de que la rosada claridad de la aurora asomara por el horizonte, una nube de tormenta, negra y amenazadora, se acercó a las laderas del monte Nisa y cubrió sus cumbres. Un solo rayo hendió la oscuridad y un solo trueno estremeció las rocosas estribaciones. Pero en vez del diluvio esperado, la nube abrió su vientre y dejó escapar una única gota de color rubí, que fue a caer en un claro cercano a la morada de las niseidas. Inmediatamente, la nube desapareció empujada por un vendaval y en el cielo volvieron a brillar las estrellas de la mañana. Bajo la hierba, aquella poderosa gota, de la sangre de Zeus, destilada por los cielos, comenzó a germinar con fuerza.

La luz del sol naciente reptó, cautelosa, hasta el lecho de musgo donde reposaba Dioniso, agotado por la orgía nocturna. Esa noche, dos de las niseidas más jóvenes lo habían arrastrado hasta su lecho y le habían revelado algunos de sus más sensuales secretos. Sentado en su roca preferida, Sileno lo observaba en si-

lencio, meditabundo y preocupado por la reacción de Dioniso ante los secretos desvelados del día anterior. El joven dios abrió los ojos y enseguida una sonrisa iluminó su rostro al ver a su preceptor. Había olvidado sus preocupaciones.

—¿Qué me tienes preparado para hoy, Sileno? —le preguntó—. ¿Buscaremos nuevas plantas para preparar pócimas curativas? ¿Iremos de caza? ¿Me enseñarás el arte de la adivinación? ¿O debemos esforzarnos para buscar la señal de mi padre...? —y con esta última pregunta su rostro se ensombreció.

—Hoy, como cada día a partir de ahora, deberás aprender a domeñar tu inquietud y a aceptar tu destino —respondió Sileno, de mal humor—. Recuerda que debes permanecer aquí y esperar.

Dioniso lo miró, cariacontecido. Respetaba mucho a Sileno, pero cada vez le costaba más hacer caso de sus sabios consejos. Se levantó de un salto y echó a correr hacia las frondosidades del bosque en busca de cualquier cosa que pudiera calmar su intranquilidad.

Cuando ya llevaba un buen rato vagabundeando bajo las grandes copas, se encontró frente a un claro del bosque en el que se detenía a menudo, pues desde allí se divisaba un amplio horizonte de valles y montañas. Se sentó sobre la verde hierba y posó la mirada en la lejana cordillera nevada, allí donde moraba su padre. Un leve rumor le hizo volver la cabeza, pero no vio nada. Sumergido en sus pensamientos, volvía a contemplar el lejano Olimpo cuando el rumor se repitió. Procedía de uno de los linderos del claro y parecía como si un pequeño animal se arrastrara entre los matorrales. Intrigado, se levantó y se dirigió hacia la arbolada muralla. Cuando estaba a unos pocos pasos se detuvo de pronto, fascinado.

A sus pies, bajo la copa de un enorme pino, la hierba estaba teñida de un color rojo oscuro y fulgurante, como de sangre, y del centro de la mancha emergía la planta más extraña que jamás hubiera visto, una planta totalmente desconocida. De su retorcido tronco, grueso como el brazo de un guerrero, emergían afiladas lanzas, cubiertas de unas hojas verdísimas y de infinitos zarcillos que parecían vivos y que se movían ante sus ojos, reptando hacia la copa y produciendo el rumor que lo había alertado.

Se acercó más, alargó una mano, acarició las refulgentes hojas verdes y quedó maravillado al descubrir, debajo de ellas, docenas de pesados racimos cargados de unos pequeños y olorosos frutos, del mismo color rojo oscuro que la tierra de la que habían brotado. A sus espaldas, un poderoso trueno procedente de las cumbres retumbó largamente y le trajo un mensaje que él comprendió al instante: aquella era la señal, aquella maravillosa planta era el regalo de su padre, Zeus, quien había guiado sus pasos hasta allí.

◊◊◊

Durante todo el estío Dioniso cuidó la planta, vio cómo crecía robusta y esplendorosa, encaramándose con una fuerza inusitada en el gigantesco pino, y cómo se iba cargando rápidamente de aquellos pesados racimos de pequeños frutos redondos. Cuando los días se hicieron más cortos y empezaron a caer las hojas de los árboles, le pareció que había llegado el momento de probarlos y los encontró deliciosos, dulces y cargados de un néctar especial. La planta, a la que llamaron vid, había crecido desmesuradamente y producía más y más racimos, en tanta abundancia que empezaron a almacenarlos en grandes tinajas.

Pasaron los días y la sagrada vid se preparó para el invierno: dejó de dar frutos y se liberó de sus hojas. Con el transcurrir de las semanas, Sileno y Dioniso fueron consumiendo los racimos guardados hasta que, cuando estaban terminando una de las primeras tinajas que habían llenado, descubrieron que los racimos aplastados en el fondo habían producido un zumo distinto, fermentado, de olor más fuerte y menos dulce. Sileno, embriagado por su penetrante aroma, vertió un poco en una copa y tomó un cauteloso sorbo.

—¡Quema como los fuegos de la fragua de Hefesto! —exclamó, sorprendido.

Pero a continuación tomó otro trago, más largo esta vez. Al bajar por su garganta, aquel néctar le produjo un agradable cosquilleo y, al llegar a su estómago, un suave calor se fue extendiendo por todo su cuerpo. Uno tras otro, todos fueron probando el jugo de las uvas y enseguida comprobaron que su fuego no quemaba, sino que solo calentaba agradablemente. Las ninfas, prudentes y más delicadas que los sátiros, trajeron agua de un manantial y la añadieron al vino para mitigar su acre sabor.

Llegó la noche y encendieron una gran hoguera. Bebieron y bebieron todos, ninfas y sátiros, Sileno y Dioniso. Danzaron al son de la música, parloteando sin cesar, y siguieron bebiendo, mientras les invadía primero una extraña euforia y luego una alegría sin medida. Las primeras copas les hicieron reír y bailar alegremente, pero a medida que pasaban las horas las danzas se fueron convirtiendo en torpes movimientos y pérdidas de equilibrio; al fin, cuando todos empezaban a estar saciados, su humor se tornó negro, y los sátiros y los silenos empezaron a discutir, en medio de amenazas nunca escuchadas hasta entonces en aquella alegre tropa. Estallaron las discusiones, volaron algunos improperios entre los que más habían bebido. Al fin, Pan cayó de bruces, profundamente dormido, lo mismo que Sileno, que había bebido mucho más que el resto. Cuando las estrellas alcanzaron su cénit, un pesado silencio reinaba en el claro del bosque.

◦◦◦

Al despuntar el alba, el paisaje era desolador. Todos fueron despertando poco a poco, y en sus rostros asomaban emociones encontradas: unos estaban solo mareados pero contentos, otros irritados, de muy mal humor. El desconcierto reinaba en sus rostros. Dioniso y Sileno se reunieron lejos de los demás. El mentor, el más sabio, el único que sabía interpretar sin equivocarse los designios de los dioses, fue el primero en hablar, ante un joven con cara de pocos amigos:

—No cabe duda, Dioniso, esta planta y su fruto son una fuente de un gran poder, sin duda un regalo de tu padre, Zeus, pues no hay otra igual en la tierra. Pero es un arma de doble filo, ya que agudiza todas las pasiones, desde las más alegres hasta las más nefastas —sentenció, mirándolo a los ojos.

—Tienes razón, Sileno —convino Dioniso—, esta bebida es una serpiente agazapada tras un disfraz benévolo. Al principio produce alegría, pero después despierta como un monstruo, provocando a unos melancolía y tristeza, violencia y locura a otros. Es, al mismo tiempo, una medicina y un veneno.

—Son los dos rostros de tu destino, Dioniso, inscrito en la señal que te envía Zeus —dijo Sileno—. Sin duda, la locura y la violencia son el rostro de Hera, que ha contaminado el

regalo de tu padre, mientras que la fuerza noble, el consuelo y la alegría provienen de Zeus.

Pasaron los meses y la vid volvió a florecer. En la nueva estación todos se dedicaron a recolectar sus frutos y a atesorar su mágico zumo en grandes tinajas. Después, una vez fermentado, lo trasladaron a unos odres de piel de macho cabrío. Lo bebían con prudencia, unas veces puro y otras mezclado con agua de los manantiales, siguiendo el consejo de las ninfas.

—Debemos desvelar hasta el último de los secretos de este líquido mágico y probar su poder sobre los hombres —le había dicho Sileno a su pupilo—. Quizá te sirva para hacer frente a tus enemigos, a Hera y a los que la ayudan.

Tardaron largo tiempo en descubrir el mejor proceso para fermentar el mosto y convertirlo en aquella deliciosa bebida que nublaba la mente, pero al fin encontraron la fórmula perfecta para obtener el más poderoso y dulce de los néctares. Entonces se decidieron a cultivar ellos mismos aquella planta sagrada y, a finales del invierno, cuando aún toda la naturaleza seguía dormida, esperando la señal del astro rey para empezar a germinar, Dioniso y Sileno estuvieron listos para llevar a cabo su plan. Fueron hasta la gran pradera donde había crecido la gran vid y encargaron a los sátiros que la desbrozaran. Después, con una pareja de robustos bueyes, les ordenaron que abrieran en la tierra profundos surcos.

—Ha llegado la hora de enseñar a los mortales cuál es la fuente de tu poder —le dijo Sileno a Dioniso—. Les mostraremos la pujanza de tu planta sagrada y les daremos a probar el vino. Cuando sus espíritus caigan bajo su influjo no tendrán más remedio que reconocer que se hallan ante la manifestación del poder de un dios.

Enviaron mensajeros a las aldeas cercanas para que invitaran a todos, hombres y mujeres, a una gran fiesta, a un acontecimiento nunca visto, y antes del mediodía los prados que rodeaban la cueva de las niseidas se llenaron de campesinos. En sus rostros la curiosidad había vencido al temor, pues las ninfas y los sátiros los recibieron entre músicas y fascinantes danzas. Dioniso se había sentado sobre un peñasco, a la entrada de la cueva, con la frente cubierta por una corona de hiedra. Se puso en pie y comenzó a hablar:

—Habitantes de las llanuras de Beocia, os he congregado para comunicaros una buena nueva —los grupos de hombres y mujeres callaron, intrigados ante la presencia de aquel apuesto y bellísimo joven—: soy Dioniso, hijo de Zeus y de Sémele de Tebas.

Un rumor de cuchicheos se extendió entre las gentes, pues todos habían oído hablar de la leyenda del nacimiento de Dioniso, pero lo creían muerto, víctima de la venganza de Hera.

—Ahora, siguiendo la voluntad de mi padre —prosiguió Dioniso—, os ofrezco un regalo que es la prueba de mi condición divina: una planta que es hija de la sangre de Zeus y cuyo fruto insuflará en vuestras venas una fuerza y un valor que nunca habríais podido imaginar.

El rumor creció. Algunos escépticos reían, desconfiados, pero la mayoría siguió expectante:

—Acompañadme —dijo Dioniso, saltando ágilmente del peñasco.

Entonces los condujo hasta el gran claro que habían arado y les mostró la vid, desnuda de hojas y frutos. Habían cortado los largos sarmientos y los habían apilado junto al inicio de cada surco.

—Hombres de la tierra, plantad vosotros mismos estos vástagos de mi planta sagrada en los surcos.

Al anochecer, todos los sarmientos estaban plantados y los hombres y mujeres se reunieron frente a la cueva. Se repartieron copas y cráteras, y Dioniso les habló de nuevo:

—Ahora probaréis mi néctar sagrado, pero he de advertiros acerca de su poder. Bebedlo con moderación, pues de lo contrario os puede enloquecer.

Les dieron a probar el vino a todos y el efecto fue el mismo que entre los sátiros: alegría e ira, placer y dolor entremezclados.

Al día siguiente los invitados regresaron a sus hogares, no sin antes contemplar, estupefactos, que allí donde habían plantado los delgados sarmientos florecían ahora pequeñas hojas verdísimas y ensortijados zarcillos. Se desperdigaron luego por aldeas y llanuras, y la noticia de que en Nisa habían descubierto una extraña y embriagadora bebida fue corriendo de boca en boca. Muchos llevaron con ellos sarmientos de vid para plantarlos en sus tierras y así, poco a poco, la fama de Dioniso y de su néctar sagrado se fue extendiendo por las regiones vecinas y llegó a los confines de la Hélade.

Las gentes de los alrededores de Nisa empezaron a acudir en grupos cada vez más numerosos. Venían cargados de ofrendas, deseosos de que Dioniso les permitiera participar en sus fiestas y de experimentar los mágicos efectos del zumo de la vid. Las más entusiastas eran las mujeres, que se convirtieron en sus más devotas adoradoras. Algunas, las que bebían demasiado, eran presa con frecuencia del frenesí y la locura, y recibieron el nombre de ménades, las que desvarían; otras, en cambio, más prudentes, sabían contener el delirio y a esas las llamaron bacantes.

Pasaron los días y los meses, y se fue formando un séquito que pasó a engrosar las filas de los sátiros y las ninfas. Dioniso se sentía cada vez confiado en su poder, en las posibilidades que le ofrecía el regalo que le había hecho Zeus, y su deseo de mostrarlo ante los hombres le hizo olvidar que tenía una enemiga acérrima entre los dioses del Olimpo. Comenzó a organizar incursiones y fiestas lejos de Nisa, a adentrarse en los territorios que hasta entonces le habían sido vedados por el temor que le infundía Hera. Ninfas, sátiros, silenos, ménades y bacantes comenzaron a recorrer montes y llanuras, alejándose de su refugio.

Dioniso se sentía cada vez más embriagado por aquella orgía de poder. El efecto que el vino producía sobre los hombres y las mujeres, la posibilidad de someterlos a su voluntad según su capricho, la adoración que le profesaban las ménades y bacantes, siempre atentas a satisfacer sus más mínimos deseos y cualquier orden que quisiera darles, lo hicieron abandonar la prudencia en que lo habían educado Sileno y la ninfa Nisa.

A lo lejos, desde su alta atalaya, los olímpicos que observaban distraídamente las cuitas de los hombres habían advertido un movimiento distinto, algo que llamaba su atención: en medio de la masa boscosa de las selvas del monte Nisa brillaba todas las noches un resplandor del que surgía, acompañándolo, un extraño griterío. A Zeus se le escapó una sonrisa, pero su esposa Hera, sentada a su lado sobre la nube, torció el gesto.

◇◇◇

Una mañana, al alba, cuando Sileno y Nisa despertaron, se dieron cuenta de que Dioniso no estaba entre ellos. La noche anterior había bebido mucho, casi salvajemente, pese a sus

advertencias. Durante los últimos días, y cada vez con mayor frecuencia, desaparecía para aparecer después con la llegada del sol, semidesnudo y furioso como un animal.

Lo buscaron por bosques y cuevas, fueron hasta las aldeas cercanas, preguntando a todos si lo habían visto, pero no hallaron ningún rastro. Sileno y las ninfas, sin guía, se refugiaron de nuevo en la espesura. Las ménades y las bacantes se dispersaron. Estaba claro que la taimada Hera estaba volviendo en contra de Dioniso el regalo de Zeus.

Corrió por Frigia la noticia: Dioniso, el viajero que pretendía ser un dios, inventor del vino, había sucumbido al poder nefasto de su propia magia. Llegaron nuevas de los comerciantes egipcios, pues se lo había visto vagando por las orillas del Nilo, en el reino de Proteo, solo y semidesnudo como una ménade, violento y feroz, armado con una lanza de tirso con la que amenazaba a todo aquel que se interpusiera en su camino. Cuando los viajeros intentaron ayudarlo y le quitaron su copa, siempre llena, de las manos, intentó atacarlos con su lanza.

No tardó Zeus en ver a su hijo vagando por los ardientes desiertos, abandonado por su séquito. Se envolvió entonces en su tronante nube, llamó a los dioses curetes que lo habían cuidado durante su infancia y se arremolinó en forma de tormenta sobre las cumbres del monte que servía de morada a su madre, Rea. Ella era la diosa de la madre Tierra, que con sus ritos sagrados dominaba la naturaleza y los animales todos.

—Escucha mi voz, madre: vaga por la tierra, perdido entre los mortales, uno de los hijos de tu hijo, uno de tu propia sangre. Te ruego que lo ayudes a hallar de nuevo la senda que ha de conducirlo a su destino.

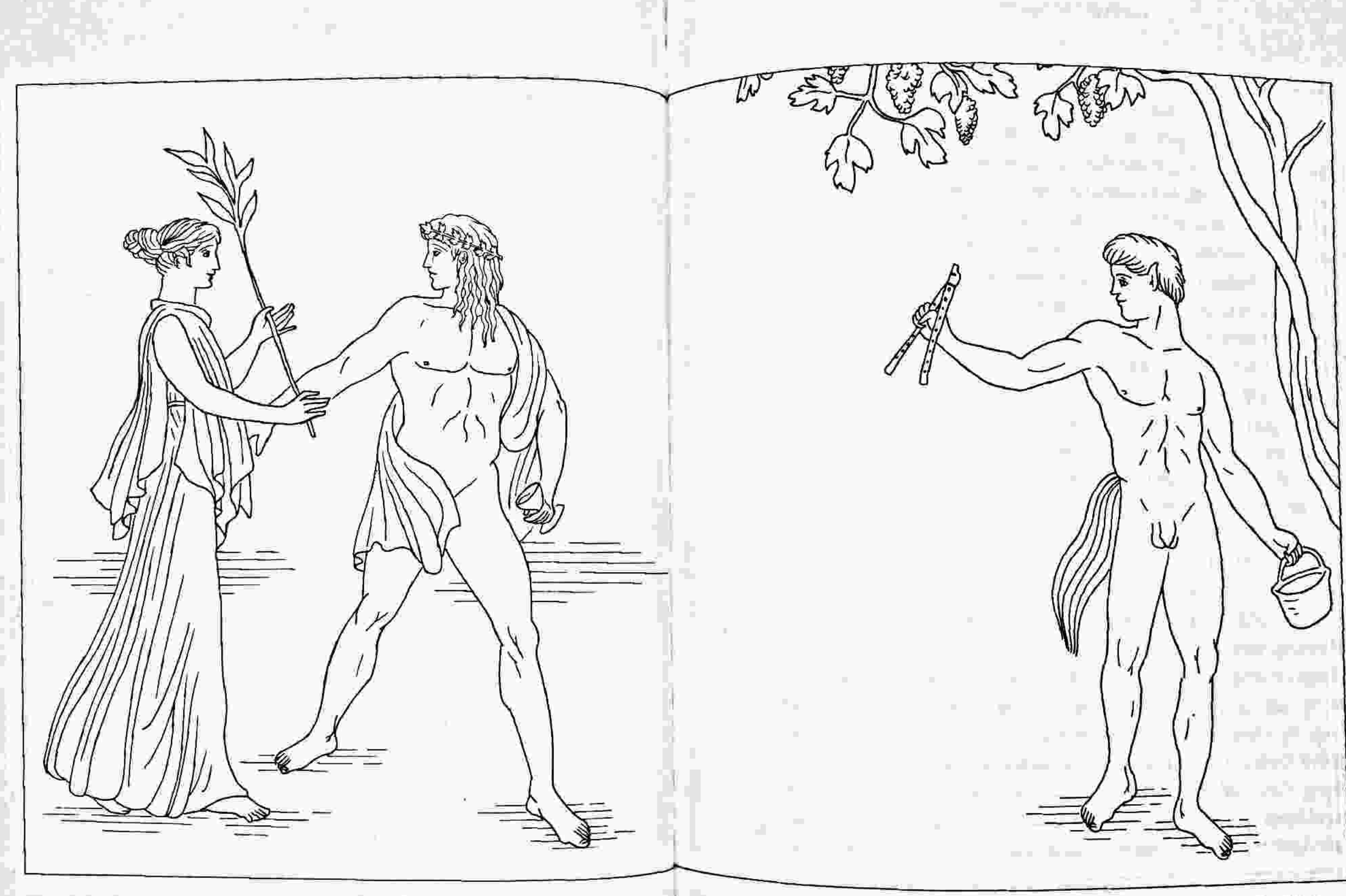
Madre e hijo comprendieron enseguida, con la sola fuerza de su pensamiento, lo que había de hacerse: liberar a Dioniso del delirio enseñándole, ante el altar sagrado de Rea, los ritos orgiásticos que debía practicar para controlar su poder y encauzar su destino. Entonces, la diosa se introdujo en los pensamientos del desgraciado viajero. La voz que resonó en su interior le decía, una y otra vez:

—Acércate, Dioniso, hijo de mi hijo. Ven a reposar entre mis brazos. Ante mi altar te enseñaré lo que debes hacer para hallar la buena senda —las palabras de la titánide resonaban en los oídos del joven.

Dioniso, rendido ante una desgracia que apenas comprendía, caminó solo y abatido, siguiendo aquella voz invisible. Atravesó los desiertos de Egipto, llegó a las costas de Tiro y recorrió el hipnótico sendero que lo condujo hasta el alto desfiladero de las Puertas Cilicias. Estaba llegando a su destino, la Frigia de Rea, la diosa que había abandonado su hogar en Creta y había huido a las tierras inexploradas de Asia Menor para escapar de la persecución de Crono.

De pronto, mientras Dioniso descendía por los empinados senderos que conducían a los valles frigios, se vio rodeado por una manada de grandes leones de negras melenas; pensó que había llegado su fin, que los enviaba Hera e iba a morir despedazado.

Se quedó inmóvil, esperando la atroz muerte. Cerró los ojos. Pero no fue una feroz dentellada lo que le hizo abrirlos, sino la caricia de una áspera crin. Las fieras lo rodeaban, apoyándose contra su cuerpo como una jauría de obedientes perros que acuden a recibir a su amo ausente, y en vez de atacarlo se le acercaron, mansos, y frotaron sus lomos contra sus piernas.



Bacantes y sátiros acudían a las correrías que organizaba el joven dios del vino.

La voz que lo guiaba le dijo: «No temas, Dioniso, son los mensajeros protectores que te acompañarán hasta mi morada».

Y así, rodeado por los leones de la diosa, el joven llegó a los pies del monte Cibele. Su abuela Rea lo acogió y, durante largos meses, le fue revelando los misterios de su culto. La ayudaron los curetes y los sagrados bailarines coribantes. Rea lo revistió de los que en adelante serían los símbolos de su condición: la lanza de tirso coronada por una piña, la hiedra, los pámpanos y la vid, así como la pantera, que se convirtió en su segunda forma, símbolo de la ferocidad en que podía transmutarse la alegría producida por el vino. Los curetes, que habían cuidado a Zeus durante su infancia, le enseñaron a su hijo las danzas guerreras sagradas y todos los ritos de iniciación que lo convertirían en el caudillo de la guerra que se avecinaba. Dioniso quedó así purificado de la locura y dispuesto a reiniciar su periplo de dios viajero. La batalla entre las dos potencias, la de Rea y la de Hera, se resolvió, así, en favor de la primera.

◇◇◇

El séquito de Dioniso se había reagrupado. El dios, que había conocido en su loco vagabundeo la humillación de verse tratado como un simple mortal, sentía arder todavía la furia en su interior, pero transformada ahora en el rescoldo de un fuego que podía dominar a voluntad. Tras el largo paréntesis de su desaparición, al regresar entre los mortales se encontró con gentes que no lo reconocían o que lo habían olvidado, con incrédulos que rechazaban su divinidad, con atolondrados que no le daban ninguna importancia y con gentes violentas que atacaban a las ménades y a las bacantes. El rey Licurgo de Tracia era uno de estos últimos.

Dioniso había decidido llevar a cabo una gran hazaña que dispara las dudas de una vez por todas: conquistaría la fabulosa India, la tierra de los confines del mundo conocido, habitada por temibles guerreros y extrañas bestias. Pero antes debía atravesar la Tracia del rey Licurgo, la tierra de los edones, al pie del Pangeo de heladas cumbres. Acampó cerca de la capital de los tracios, a orillas del río Estrimón, y decidió visitar a Licurgo, un personaje cruel y orgulloso que no respetaba a los dioses, para recordarle su poder.

A lo lejos brillaban las hogueras y el aire de la noche transportaba hasta el palacio el murmullo de cánticos y gritos. En calles y plazas, en los caminos y en los campos, se había desatado la locura.

Una vez más, con la llegada de la noche, se ensombreció la mirada del poderoso rey Licurgo. Cada atardecer, con la puesta del sol, la plaga se extendía por el reino, sin que al parecer nadie pudiera detenerla. Su país, una tierra de valientes guerreros, de campesinos honestos y esforzados, se estaba convirtiendo en un piélago de vicios donde florecía una locura frenética que atacaba sobre todo a las mujeres, quienes abandonaban el mundo de la razón y de la familia para internarse en otro de salvaje desvarío. El rey reunió una vez más a sus consejeros más leales y los interrogó:

—¡Decidme de una vez por todas qué les pasa a mis súbditos! —gritó, furioso—. ¿Por qué enloquecen cada noche sin remedio, por qué saltan y bailan arrancándose sus vestiduras y cometiendo todo tipo de actos deleznables?

—No lo sabemos, gran rey. Los mensajeros que enviamos no regresan, y si lo hacen parecen atacados por el mismo tipo de locura —respondió atemorizado uno de los consejeros.

—Las responsables son aquellas a las que llaman ménades y bacantes —dijo otro—. Las primeras enloquecen irremediablemente y vagan desnudas por los bosques, ahítas del vino de Dioniso; las segundas se entregan a extraños ritos y danzas nunca vistos, aunque se dice que proceden de los ritos de la diosa Rea. Pero quien las guía a todas ellas es Dioniso, el que enseñó a nuestros pueblos a cultivar la vid, un loco que afirma ser hijo del tronante Zeus. Envenena a vuestros súbditos con ese brebaje al que llaman vino, destilado con los frutos de esa planta infernal que, según dicen, es hija de la sangre del mismísimo soberano celeste, y que todos tus campesinos han aprendido a cultivar.

—¿Un dios, decís? —estalló Licurgo, lleno de ira—. ¡No hay más dioses que Zeus y los que lo acompañan en el Olimpo! Ninguno de ellos se llama Dioniso. ¡Reunid al punto a mi ejército y expulsad de mi reino a ese farsante y a todos sus acólitos! Y ordenad también que sean arrancadas y quemadas todas las vides y parras de mi reino.

Resonaron los cuernos y las trompas en los cuarteles, se extendió el fragor de lanzas, espadas y escudos mientras formaban filas los mejores guerreros. Antes de que despuntara el sol, el rey Licurgo, colérico y lleno de rabia, se puso a la cabeza de las columnas y partió hacia las cuevas escondidas en los bosques donde descansaba el séquito de Dioniso.

Cuando los soldados se acercaron a la gruta, vieron a las huestes de Dioniso desparramadas sobre la hierba y entre los arbustos, sumidos todos en un profundo sueño. El rey, sediento de sangre, se lanzó sobre las ménades y, en un abrir y cerrar de ojos, degolló a media docena. La sangre que manó espesa de sus gargantas salpicó a Dioniso, que al oír el estrépito

había adoptado su infantil disfraz de cabrito y se camuflaba tras unos arbustos. Asustado, huyó internándose en la espesura. Sileno, Pan, las ninfas y los sátiros lograron esconderse en el bosque, pero las ménades y bacantes supervivientes fueron capturadas y conducidas a los calabozos del palacio, en medio de las burlas del rey y de sus secuaces.

Zeus, que todo lo ve, asistió preocupado a las desventuras de Dioniso y, con un gesto de sus ojos, le envió a Hermes, con la orden de que lo rescatara y lo condujera a la morada de la titánide Tetis, la diosa de las aguas.

Más rápido que cualquiera de los vientos, el de los pies alados halló enseguida al atemorizado Dioniso, cuya alocada carrera lo había conducido al abrigo de los bosques, hasta una profunda cueva parecida a su refugio de Nisa. Cuando vio aparecer al dios, Dioniso se calmó enseguida, pues sin duda debió emerger de lo más profundo de su mente el recuerdo de aquella figura, la de Hermes, cuyos brazos fueron los primeros, después de los de su padre, que lo salvaguardaron de la ira de la diosa y lo dejaron bajo la protección de su tía Ino.

Sin que apenas el tiempo acertara a avanzar, Hermes y Dioniso llegaron a unos acantilados batidos por un poderoso y ronco oleaje. El temor había desaparecido de los rasgos de Dioniso: notaba, en la presencia de Hermes, el inmenso poder de Zeus, la certeza de que su padre lo estaba guiando hacia su verdadero destino.

Tan pronto como posaron los pies sobre la roca, la blanca espuma de una ola gigantesca, que se alzó de repente por encima de todas las demás, como un monstruo líquido surgiendo de las profundidades, envolvió a Dioniso en un abrazo protector y maternal y se lo llevó hacia las profundidades.

El joven permaneció en la morada de Tetis, donde disfrutó de la compañía de las hijas de esta, las ninfas oceánides, quienes le rogaban, una y otra vez, que les relatara los hechos de su prodigioso nacimiento y de la invención de aquel néctar mágico que hacía bailar o enloquecía a los hombres.

Al día siguiente, recuperado ya de su temor, Dioniso le pidió a la nereida que lo devolviese a la tierra firme. Ya en la orilla, notó que le invadía la ira y, alzando los brazos al cielo, suplicó a Zeus que lo ayudase a reparar la afrenta que había sufrido. Su cólera crecía, agigantada por la magnitud del temor y la vergüenza que había experimentado. La respuesta de su padre le llegó como un susurro transportado por el viento: «Envíale a Licurgo como obsequio, simulando que te has rendido, diez odres de tu mejor vino».

Dioniso encontró a Sileno y a los sátiros en la cueva, a la que habían regresado, y les pidió que transportasen los odres hasta el palacio de Licurgo, simulando que eran una ofrenda para calmar su ira. El rey, ensoberbecido por su aparente victoria, recibió los odres con una mueca sarcástica.

—Traedme una crátera y los odres del cobarde Dioniso, ese que afirma ser un dios y no es capaz de defender ni siquiera a sus mujeres. Os demostraré que su bebida no es sagrada, que no hay en ella ninguna fuerza divina —dijo desafiante.

Cuando le trajeron el primer odre, el rey, un hombre de gran corpulencia, empezó a beber, ignorante de lo que el dios sabía de antemano: la primera crátera producía un efecto beneficioso para la salud; la segunda empujaba hacia el amor y el placer, y la tercera inducía al sueño; pero las siguientes pertenecían al reino de la oscuridad y arrastraban al bebedor a la insolencia, el griterío, la maldad y la burla, hasta la locura homicida.

Y eso le sucedió a Licurgo. Tras vaciar la décima crátera, con los ojos enturbiados por la rabia que había aflorado desde su corazón siempre airado, tropezando contra muebles y paredes, fue a buscar su afilada hacha de guerra. Quería descargarla sobre lo que, en su mente nublada por el vino, confundía con el origen del poder dionisíaco. Su mirada se posó sobre una gran vid que sus hombres le habían traído de las viñas plantadas por sus súbditos.

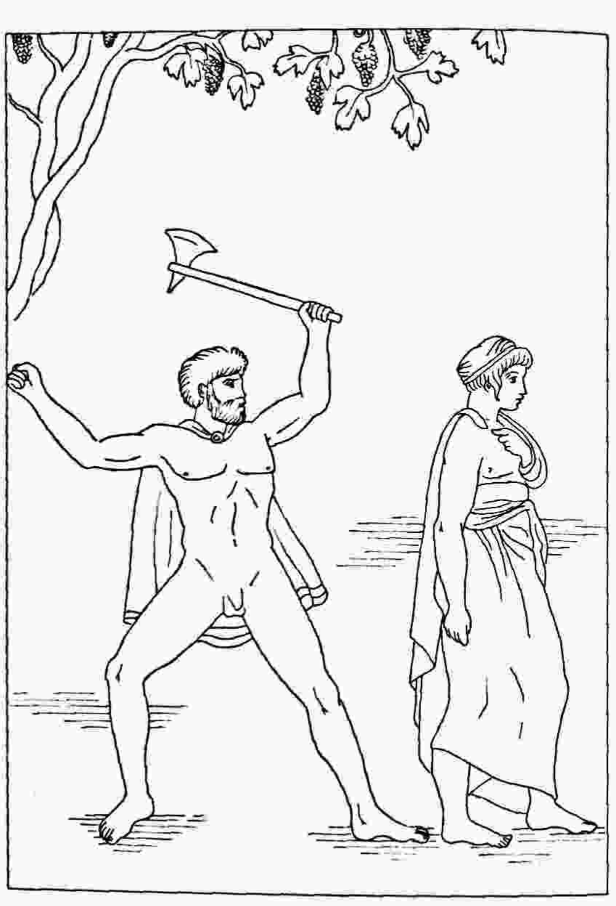
—¡Y ahora acabaré para siempre contigo, planta maldita, arrancaré a todos tus hijos de mis tierras y verteré en ellas toda tu sangre, esa a la que llaman vino! —farfulló asestando un violento golpe con la afiladísima hacha.

Pero el golpe homicida no cayó sobre la vid, sino sobre el cráneo de su hijo Driante, que no tuvo tiempo siquiera de alzar las manos para protegerse del funesto hachazo. Resonó un golpe sordo. Licurgo arrancó de un tirón el hacha y, con un movimiento circular, antes de que el cuerpo de Driante cayera sobre un costado, le cercenó la cabeza, que, por la fuerza del golpe, fue rodando hasta un rincón de la sala.

Sin ser consciente de lo que acababa de hacer, presa de un furor asesino, siguió atestando golpes y arrancando piernas y brazos, hasta que su inocente víctima acabó convertida en un amasijo sanguinolento.

Licurgo acababa de ver cumplida su propia amenaza: un torrente de sangre —pero era la de su hijo— le cubrió las manos y la túnica, y se coló entre las baldosas de piedra, empapando así sus tierras.

Tan pronto como la sangre de Driante se escurrió por las hendiduras, el poder de Dioniso comenzó a dar sus frutos: surgieron de ellas largos zarcillos y serpientes de hiedra, que



Con la mente nublada por el vino, Licurgo atacó a su hijo Driante.

comenzaron a trepar por las paredes. Los muros, como espantados por aquella invasión vegetal, comenzaron a temblar con la fuerza de un terremoto. Todos, menos Licurgo, que seguía inmóvil en el centro de la sala, comenzaron a proferir alaridos, convencidos como estaban de que había llegado algún mensajero del Hades para castigarlos por el desprecio con que su rey había tratado a Dioniso. Una música ominosa y siniestra, como los lamentos del inframundo, ahogó sus gritos.

Licurgo, con el hacha todavía goteando sangre en la mano, parecía petrificado, totalmente ajeno al caos que había desatado con su horrible acción. Miró a su alrededor y solo vio muecas de espanto en los rostros. Volvió la cabeza y pudo contemplar, esparcidos por un suelo teñido de rojo, los pedazos de carne en que había convertido al muchacho. Entonces, una serpiente de hiedra se enroscó en su pierna y comenzó a arrastrarlo hacia el rincón hasta el que había rodado la cabeza degollada de su hijo. Desde allí, los ojos de Driante, muertos pero todavía implorantes, esperaban una respuesta.

El rey levantó la mirada, incapaz de seguir contemplando la horrible visión, y, entre la niebla de llanto que lo cegaba, pudo entrever, más allá del pórtico, a una pantera gigantesca surgida de la nada. Se paseaba lentamente, con los ojos fijos en los suyos, y de su garganta surgía un rugido ronco que Licurgo comprendió enseguida: «Soy Dioniso, y este es mi poder.»

De pronto el caos cesó, los muros dejaron de temblar y la pantera y la masa vegetal se desvanecieron. El cruel rey, desesperado y confundido, se encerró en sus aposentos, mudo ante la tragedia que había desencadenado, y no salió de allí pese a las llamadas de sus súbditos.

Pasaron los días y todo el país quedó sumido en la tristeza. El reino se había quedado sin heredero, y el rey ya no era un monarca digno, sino el peor de los parricidas. Pero Licurgo no reaccionó. La gente, los nobles, los caudillos del ejército y el pueblo quedaron consternados, sin saber qué hacer. «¿Debemos destruir las viñas y arrojar el vino al mar, como ordenó Licurgo, o debemos honrar a Dioniso y ofrecerle sacrificios para que no nos envíe su locura?» Esa era la pregunta que planeaba sobre la ciudad.

Los astros siguieron recorriendo el cielo sin inmutarse, pero una cosa sí cambió: la lluvia no llegó, las cosechas de trigo se perdieron, los frutales se agostaron... Solo las vides de Dioniso seguían vivas y lozanas, creciendo ominosamente, aunque sin dar fruto alguno. El país agonizaba fatalmente, pues los dioses de la fertilidad lo habían abandonado e incluso las mujeres dejaron de concebir hijos. Los bosques quedaron cubiertos por un gélido manto, ya que la luz del sol, ausente desde hacía innumerables jornadas, no lograba atravesar la espesa niebla que se había cernido sobre todo el país como una mortaja. La vegetación toda, al borde de la muerte, parecía presagiar males mayores. Entonces los más nobles entre los edones, desesperados, consultaron al oráculo, que pronunció estas terribles palabras:

—Habéis ofendido a Dioniso y a su padre, Zeus, y este es su castigo. Solo os podréis liberar de la maldición con el mayor de los sacrificios. Debéis ofrecerle a vuestro impío rey, y hacerlo con la misma crueldad que él ha mostrado.

Con Licurgo encadenado, sin resistirse, pues había perdido toda esperanza, el séquito de nobles y guerreros se dirigió al monte Pangeo. Nadie hablaba, el silencio impuesto por la

condena que atenazaba a todo el país era tan denso como la niebla que los envolvía. Llegaron a una gran explanada rodeada de altísimos abetos. En el centro, un altar dedicado a Zeus mostraba las manchas de las recientes matanzas rituales.

Pero no era ese el lugar donde debía morir Licurgo, cuyo terrible delito le vedaba una muerte honorable. Su tránsito al inframundo tenía que ir precedido de la misma crueldad que él había mostrado con su descendencia. Lo condujeron al centro de la explanada, con la cabeza baja, el paso inseguro como el de un anciano, la boca sellada como si la muerte ya se hubiese apoderado de su alma.

Los soldados tomaron de la brida a los cuatro caballos más fuertes de las cuadras de Licurgo, escogidos en día anterior por su poderosa musculatura. Los condujeron a los extremos de la planicie, enfrentados a los cuatro puntos cardinales. Entonces Licurgo, en cuanto lo liberaron de sus cadenas, apartó a los soldados con un gesto cansino pero autoritario y se dirigió solo hasta el centro del cuadrado que formaban los percherones. Había decidido aceptar su destino y su castigo, como si no temiera a la muerte y su eterna condena, pues la amargura que le producía su acción lo había superado.

Se tumbó boca arriba, mirando a las celestes regiones donde moraban los dioses, y extendió brazos y piernas, abiertos, ofreciéndolos a sus verdugos. Estos ataron las muñecas y los tobillos del rey con cordajes de piel, flexibles pero resistentes.

A una señal del sacerdote, los soldados soltaron las bridas con que sujetaban a los caballos y los castigaron salvajemente con los látigos. Las tiras de cuero se tensaron y el cuerpo de Licurgo se levantó varios palmos del suelo, con los brazos y las piernas formando una cruz. En el espeso silencio

solo se oían el piafar de los caballos y los chasquidos del cuero. Licurgo siguió mudo, como si no sintiera el intenso dolor que le provocaba aquel suplicio. De pronto, el brazo derecho de Licurgo —el que había blandido el hacha— saltó por los aires dejando un reguero de sangre, arrastrado por el enloquecido caballo. La pequeña multitud ahogó un grito horrorizado. A este le siguió el izquierdo, y enseguida las dos piernas.

En medio de la hierba, el torso del rey Licurgo quedó boca arriba, en el centro de cuatro líneas de sangre que se alejaban, en direcciones contrarias, hacia los confines de la Tierra. Pero el rey todavía estaba vivo, aunque la vida se escapaba por instantes por los chorros de sangre que brotaban de sus arterias reventadas. Los que se acercaron a él pudieron oír que musitaba unas últimas palabras: «Perdóname, Driante, hijo mío. Quizá nos encontremos en los abismos del inframundo...».

Los hombres retrocedieron enseguida asombrados, pues en los cuatro puntos donde la sangre de Licurgo había comenzado a regar la tierra reseca comenzaron a surgir cuatro pequeñas vides que crecieron en pocos segundos hasta la altura de un hombre. Se oyó entonces un fortísimo trueno, todos levantaron la mirada y vieron que el cielo se cubría de veloces nubes negras que descargaron espesas cortinas de vivificante lluvia por todo el país. Las plantas germinaron, la hierba reverdeció y algunas mujeres se adivinaron embarazadas antes de que cesara la lluvia. En las mazmorras del palacio, en el mismo instante en que las sogas de los caballos desmembraban el cuerpo de Licurgo, las cadenas que habían aprisionado a las bacantes y las ménades cayeron al suelo rotas como hilos de una telaraña.

4

Dioniso el conquistador

Había transcurrido mucho tiempo desde que Dioniso y sus acompañantes atravesaran el Helesponto para encaminarse hacia los confines de Asia. El hijo de Zeus había decidido conquistar las más lejanas entre las tierras conocidas, allí donde moraba una raza extraña que adoraba a dioses con forma de animales fabulosos y donde leones manchados y rayados devoraban a los hombres.

Ahora regresaba triunfante, con un fabuloso séquito y las ofrendas recibidas, después de atravesar los desiertos de Persia y las fértiles llanuras de Mesopotamia. Se disponía a recorrer los campos frigios en dirección de nuevo al Helesponto y a su patria, cumpliendo así la promesa que se había hecho a sí mismo. A su paso, las gentes lo recibían con júbilo o terror, pues aunque la leyenda de sus prodigios se había ido debilitando con el paso del tiempo, no pocos recordaban las historias sobre su poder, sobre el doble rostro del dios que podía ser hombre y

mujer, portador de alegría amorosa pero también de la locura homicida. La noticia corría de boca en boca por las aldeas y ciudades frigias. Unos comerciantes que venían de las tierras persas, de los reinos de Acadia y Babilonia, fueron testigos del avance del fabuloso ejército.

El suelo temblaba, las copas de los árboles se estremecían a cada paso de unos gigantescos elefantes altos como cíclopes. Decenas de pies batían el camino al rítmico son de tímpanos y crótalos, mientras grupos de figuras ejecutaban danzas siguiendo la hipnótica melodía de liras, flautas y siringas. Roncos y profundos rugidos atravesaban las nubes de polvo levantado, se encabalgaban sobre los cantos de los coros y reptaban por las colinas, surgiendo de las fauces de numerosas fieras: tigres, leones y panteras que se paseaban entre el séquito, amansados como corderos.

Tras los elefantes apareció Dioniso, sentado en un carro de guerra tirado por panteras y adornado con hiedra y vides. En una mano empuñaba una lanza de tirso rematada por una piña, en la otra sostenía una copa. Le seguían una docena de centauros, que se turnaban con las fieras en la tarea de tirar del carro.

Detrás de los centauros, un gordo anciano se sostenía a duras penas sobre un asno; era Sileno, envejecido. Le seguían el dios Pan, con su inseparable siringa y su cayado de pastor, y sus hijos, los panes, mezclados con los barrigones hijos de Sileno y otras familias de sátiros, que no paraban de saltar y hacer cabriolas. A poca distancia avanzaban las bacantes, que arrastraban un pequeño carro cargado con los cinco elementos sagrados de sus ritos: una jarra de vino, una vid, un macho cabrío, una cesta de higos y una rama de higuera.

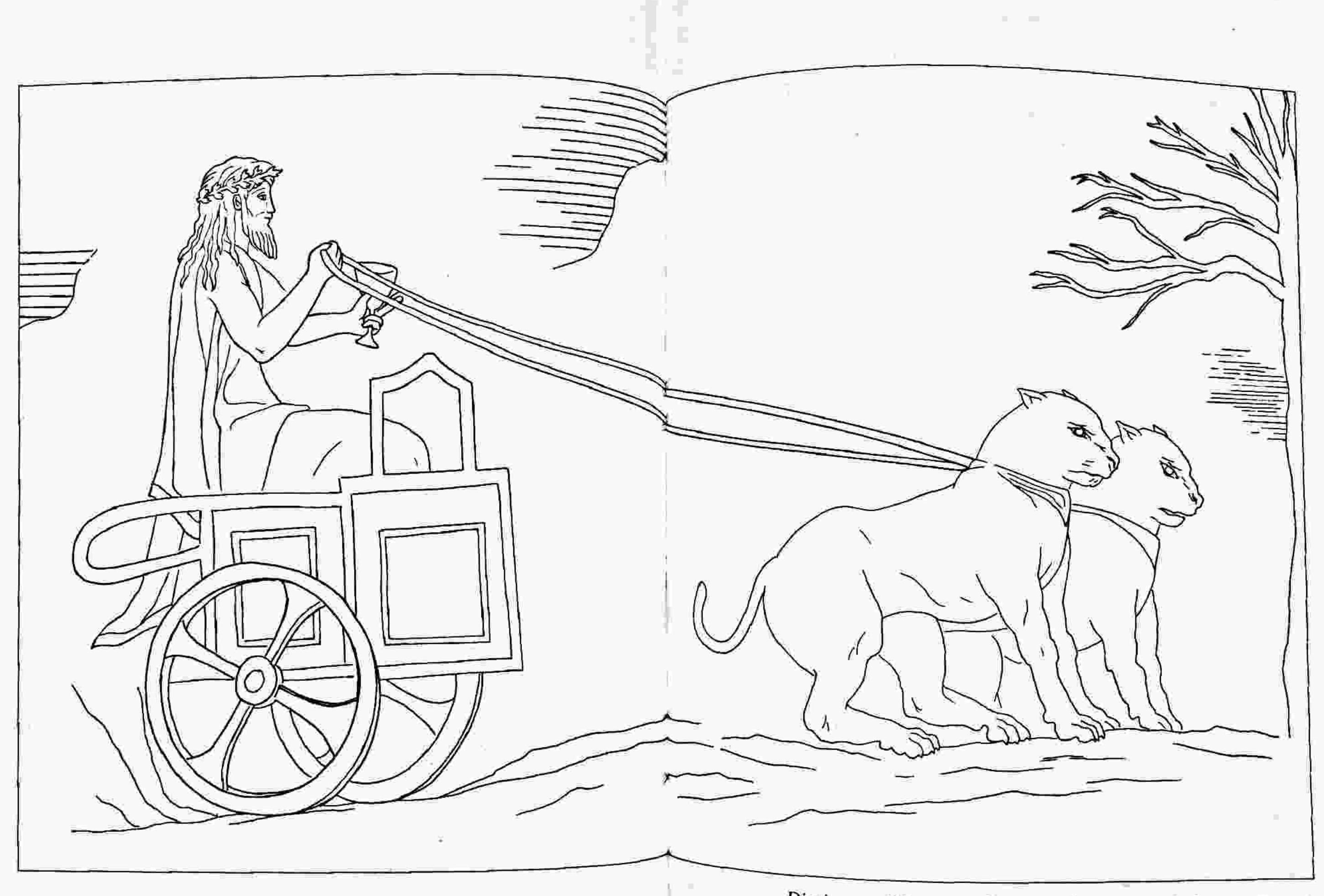
El séquito se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista: grupos de ninfas de todas las regiones danzaban, mezcladas con las ménades que, con sus lanzas de tirso y sus dóciles serpientes, ejecutaban frenéticas danzas. Eran estas ménades la más terrible fuerza guerrera de que disponía Dioniso, pues no retrocedían ante ningún enemigo y sentían el más absoluto de los desprecios por su propia vida.

◇◇◇

Una flota de mágicas naves atravesó el Helesponto con la rapidez del viento, abriéndose camino delante de las afiladas proas. Una multitud les esperaba, en medio de cánticos y danzas, pero Dioniso estaba impaciente. Durante largas jornadas atravesó Tracia, donde pudo ver que se habían plantado vides, pero no se detuvo.

Por fin la fortaleza de Cadmea se alzó ante sus ojos, dominando la ciudad que había crecido a sus pies. Reinaba entonces en el país cadmeo Penteo, que había sucedido en el trono al rey Cadmo, el padre de Sémele. Penteo era hijo de Ágave, una de las hermanas de la desgraciada joven. Carcomida por los celos, pues no era tan bella como Sémele, y envidiosa de su fama, Ágave había difundido entre los suyos una calumnia: según ella, Sémele había concebido a su hijo de un mortal, y no de Zeus, por lo que este la había castigado calcinándola con su rayo por haber pretendido estar embarazada de él. Penteo apoyaba esta calumnia, negando así la divinidad de Dioniso. Por ello, no estaban dispuestos a permitir que este difundiera sus falsos ritos divinos entre los habitantes de su reino.

Penteo y Ágave, en compañía del anciano rey Cadmo y del adivino Tiresias, contemplaban la llanura desde la atalaya porticada



Dioniso recorrió los campos frigios sentado en un carro tirado por panteras.

del palacio, a pocos peldaños de los jardines en los que Zeus había hechizado a Sémele con su relampagueante mirada.

—Ha llegado a nuestro reino un extranjero enviado por el impostor, hijo mío. Dicen que es hermoso como Afrodita, que va vestido con ropajes femeninos y que corrompe a las mujeres con su sola mirada, exhortándolas a entregarse a toda clase de lujuriosos placeres —le dijo Ágave a su hijo.

—La prueba de ello está ante nuestros ojos —asintió el sombrío Penteo, un hombre orgulloso y cruel, poco respetuoso con los dioses—. Los bosques del Citerón y los que bordean los llanos cultivados hasta las orillas del lago hierven de esos extraños adoradores de tu sobrino Dioniso. La locura se está apoderando de nuestra patria, y yo tengo la obligación de proteger a mi pueblo de los males que lo aquejan.

Y así era, pues Dioniso, que se había disfrazado de mortal para hacerse pasar por un simple enviado del dios, había ordenado a su séquito que recordase por todos los rincones sus ritos. Las ménades y las bacantes, los sátiros y las ninfas recorrían caminos y aldeas, ofreciendo sus odres de vino y los símbolos del poder del dios a todo el que encontraban. Y aunque el rey y Ágave habían intentado sofocar el incendio propagando la calumnia de que Dioniso era un charlatán y un farsante, en poco tiempo el frenesí se extendió por toda Beocia.

En el pórtico, el abuelo de Penteo, el rey Cadmo, había escuchado en silencio la conversación entre madre e hijo. Cadmo había preservado intacto el lugar donde había perecido su hija Sémele, y creía firmemente en la divinidad de Dioniso. Lo mismo le sucedía a Tiresias, el famoso adivino que, gracias a su don profético, había entrevisto el triunfo de Dioniso en los tiempos futuros.

—No cometas un funesto error, Penteo; honra al enviado de Dioniso y déjale hacer. Solo así lograrás esquivar su ira y beneficiarte de su benevolencia —le dijo Cadmo a su nieto, mientras el anciano Tiresias asentía con la cabeza.

—Tu abuelo está en lo cierto, Penteo —añadió el adivino—. El néctar de la vid que nos ha traído Dioniso procede de la sangre del mismísimo Zeus. Y piensa que, si algunas mujeres se entregan a la lujuria y el frenesí, no es por culpa de los ritos de Dioniso, sino de su propia naturaleza.

Pero Penteo no quiso escucharlos y se dispuso a seguir adelante con su desafío.

∞

Transcurrieron los días y en los verdes bosques del Citerón aumentaba el número de mujeres enloquecidas por el delirio místico. Una mañana, un mensajero trajo malas noticias a Penteo: su madre, Ágave, y su tía habían desaparecido del palacio sin dejar rastro y habían sido vistas entre las ménades.

Esto colmó el vaso de la paciencia de Penteo, que estalló de furia y mandó a sus soldados a buscarlas.

—¡Nuestras mujeres abandonan sus hogares para celebrar falsas ceremonias divinas y corretean por los bosques glorificando con sus danzas a un falso dios! Hartas de vino, se ocultan en los umbríos valles para acostarse con sus amantes, fingiendo ser sacerdotisas. ¡A todas las atraparán y encarcelarán mis guardias, cazándolas como fieras en el monte!

Al alba, los soldados de Penteo se internaron en los bosques y cuando llegaron a la gran pradera pudieron ver una escena que no esperaban, dominada por la paz y el sosiego. Sobre la hierba, a la sombra de los árboles, junto a los peñas-

cos que las protegían de la brisa matutina, las mujeres recién llegadas, las ménades y las bacantes, dormían pacíficamente. Grupos de sátiros y silenos aparecían desperdigados aquí y allá.

Poco a poco, con los rayos del sol naciente, las ménades fueron despertando y algo sucedió ante la mirada atónita de los soldados, quienes, abandonada toda precaución, fueron saliendo poco a poco de sus escondrijos. Pero las mujeres no les hicieron ningún caso, como si fueran invisibles, indignos de ser siquiera percibidos. Mientras algunas hacían brotar del extremo de sus tirsos una fuente de agua, de las varas de otras brotaban chorros de vino o manantiales de leche y miel. Comenzaron a lavarse y unas mansas serpientes les limpiaron las mejillas con su lengua.

Lo que estaban viendo los esbirros de Penteo no se parecía en nada a lo que afirmaron haber observado los primeros espías enviados por el rey. Según el relato de aquellos algunos pastores que guardaban sus rebaños cerca de la pradera, atraídos por la hipnótica y sensual belleza de aquellas hermosas mujeres cubiertas de pieles, habían intentado poseerlas mientras dormían. Pero en cuanto les pusieron las manos encima, sin mediar palabra alguna, se convirtieron en fieras, en unas feroces y despiadadas guerreras que, con los ojos inyectados en sangre, los atacaron e hirieron con sus lanzas de tirso hasta hacerlos huir. No satisfechas con esto, se lanzaron sobre los rebaños de vacas y bueyes, y despedazaron incluso a los grandes toros, tronchando sus miembros como si fuesen frágiles ramas secas, con una fuerza comparable solo a la de los titanes.

Pero los soldados de Penteo tenían unas órdenes que cumplir y temían, por encima de cualquier otra cosa, la cólera de su rey. Por eso, confiados más en lo que veían con sus propios

ojos que en la veracidad del terrible relato, decidieron atacar a las mujeres de Dioniso. A una orden de su jefe, se lanzaron en tropel sobre ménades y bacantes.

Se produjo una gran desbandada y, entre las mujeres que corrían espantadas para ocultarse entre la espesura de los bosques cercanos, los soldados pudieron distinguir a Ágave y a su hermana. Las llamaron a gritos, con la esperanza de que los reconocieran y accedieran a volver con ellos al palacio, pero ellas no les hicieron ningún caso y desaparecieron entre los árboles.

La pradera quedó desierta, excepto por una figura que permanecía de pie en el centro, sin moverse ni hacer gesto alguno que hiciera pensar que quería huir como todos los demás. Era un bello joven que se dejó prender sin pronunciar palabra, con una irónica sonrisa dibujada en los labios. Cuando lo interrogaron, dijo ser el enviado de Dioniso. También prendieron a algunas ménades y bacantes que no habían logrado escapar a tiempo. La comitiva se agrupó y se encaminó hacia los senderos que bajaban hacia la ciudad. Dioniso y sus fieles permanecieron extrañamente silenciosos.

Cuando llegaron al palacio, el jefe del grupo se inclinó ante Penteo y le dijo, satisfecho con su captura:

—Hemos encontrado a las ménades, gran rey, y no eran esas fieras que nos habían anunciado; estaban durmiendo pacíficamente, y entre ellas se encontraba tu propia madre, Ágave, y su hermana, que no hicieron caso de nuestros ruegos y se ocultaron en la espesura. También te traemos al enviado del falso dios, que se ha dejado capturar sin resistirse.

Empujaron a Dioniso hasta que quedó a pocos pasos de Penteo. Este lo contempló, con una mirada cargada de ira y arrogancia. Al verlo, con su aspecto casi femenino, la perfu-

mada melena de rubios bucles y la mirada de Afrodita en sus ojos, Penteo le habló con desprecio:

—De modo que tú eres el que dice ser el enviado de ese falso dios, de ese mago, el hechicero que fascina a nuestras jóvenes con su vino y sus ritos mistéricos. Dime dónde está ese que se hace pasar por mi primo Dioniso. Cuando lo tenga bajo este techo dejará de juguetear con su falsa lanza y de sacudir su cabellera, porque le separaré la cabeza del cuerpo de un solo tajo con mi espada.

Dioniso no contestó, ni borró la sardónica sonrisa de su rostro. Penteo, cada vez más irritado, se acercó a él y, mirándolo directamente a los ojos, rugió:

—¡Tu dios es tan falso como esas falsas mujeres guerreras que se han dejado capturar entre gimoteos, tan falso como tú mismo!

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando la figura que tenía ante sus ojos desapareció en un torbellino de luz rojiza y un sordo terremoto hizo temblar los cimientos del palacio, resquebrajando columnas y vigas, en medio de una nube de polvo. Y a lo lejos, en la ladera donde se hallaba la cueva donde el rayo de Zeus había calcinado a Sémele, surgió un azulado fuego que se propagó por toda la montaña y alcanzó los edificios de la fortaleza, sumergiéndola en una luz irreal. Todos creyeron que se trataba de un incendio y Penteo corrió desesperado, intentando apagar unas llamas que solo existían en su mente. En medio de la confusión pudo ver que las bacantes huían de los calabozos, liberadas de sus ataduras.

Pasó el fragor, se extinguió la siniestra luz y, súbitamente, Penteo vio aparecer ante sí de nuevo al extranjero. El rey no lograba, en su ceguera, interpretar las señales de lo que estaba

ocurriendo: su palacio apenas se sostenía en pie, el extranjero se burlaba de él con su silencio, y las mujeres que había capturado huían en medio de una luz infernal, e incluso su propia madre, su mejor aliada, se había unido al ejército de mujeres salvajes.

◦◦◦

Penteo y Dioniso quedaron frente a frente. El primero revestido con su coraza y su casco de guerra, espada al cinto, el rostro hosco por la furia. Dioniso, en su forma humana, como un joven muy hermoso de finísimos rasgos y piel blanca como la leche, cabellera de largos rizos de oro derramada sobre los hombros, cubierto con una blanca túnica que apenas ocultaba sus equívocas curvas.

—¿Quién eres, maldito, que haces enloquecer a mis mujeres y las abocas a este frenesí de locura? —masculló Penteo entre dientes, conteniéndose para no empuñar la espada y cortarle el cuello a aquel bello demonio.

—Soy el enviado del divino Dioniso, el hijo de Zeus, y he venido hasta la patria donde nació para difundir sus ritos, como han hecho hasta ahora los sabios Cadmo y Tiresias. El mismo Dioniso me inició en ellos.

—¡Una pareja de viejos locos que no han hecho más que avergonzarme con sus estúpidos rituales! Ni siquiera puedes decirme en qué consisten exactamente los ritos. ¿O es que sabes explicarme por qué las mujeres se convierten en fieras?

—Son ritos secretos, solo están al alcance de los iniciados. Pero puedo decirte que únicamente se convierten en fieras aquellas que ya lo eran en su interior, mientras que las que antes de ser poseídas eran virtuosas, después lo son en mayor

medida y se convierten en sacerdotisas. Los misterios del dios aborrecen a los que se ejercitan en la impiedad.

—¡Pues entonces desvelaré sus secretos con mi espada, desgarraré sus túnicas y sus pechos, y las atravesaré con mi lanza para ver qué oculta su negro corazón! —bramó Penteo.

—No te aconsejo que las enfurezcas, Penteo. Pero si quieres ver a las bacantes como yo te las he descrito, bellas y amables, sin asomo de locura, yo te contaré cómo puedes lograrlo sin temor a perder la vida.

Penteo, intrigado, escuchó lo que Dioniso le proponía. Debía ir disfrazado como uno de los adoradores del dios: coronado por una rubia peluca y una diadema, sin más arma que un bastón de tirso y vestido con una ligera túnica de lino, como él mismo. De esta guisa, las ménades no repararían en él y no lo atacarían. Penteo recelaba, pero finalmente accedió, pues su curiosidad y la confianza en sus propias fuerzas eran infinitas. No creía una palabra de lo que le habían contado sus mensajeros.

Poco después, con Penteo ya disfrazado, salieron a hurtadillas de la fortaleza y se encaminaron hacia las laderas de Citerón. En silencio y con cautelosos pasos se acercaron al bosque que se extendía al borde de la explanada y allí pudieron ver, en un recodo entre cumbres regadas por arroyos umbrosos, a los grupos de ménades y bacantes ocupadas en tranquilas tareas. Unas cubrían con coronas de yedra los tirsos que habían perdido la cabellera de hojas, mientras otras bailaban a su alrededor, cantando canciones en honor al dios.

Pero Penteo no lograba distinguirlas bien. Entonces Dioniso tomó una de las ramas de un altísimo abeto y lo fue inclinando sobre el suelo, curvándolo como si fuese un delgado junco.

—Sube a esta atalaya, Penteo, desde su altura podrás ver a las ménades —le dijo.

Penteo se encaramó a las últimas ramas del abeto, que Dioniso fue soltando hasta que el orgulloso rey quedó suspendido en el aire a la vista de las mujeres. Y en ese preciso instante, el mismo fulgor divino que había invadido el palacio iluminó los riscos con un resplandor más intenso que la luz del sol, justo antes de que la voz de Dioniso sentenciara con firmeza:

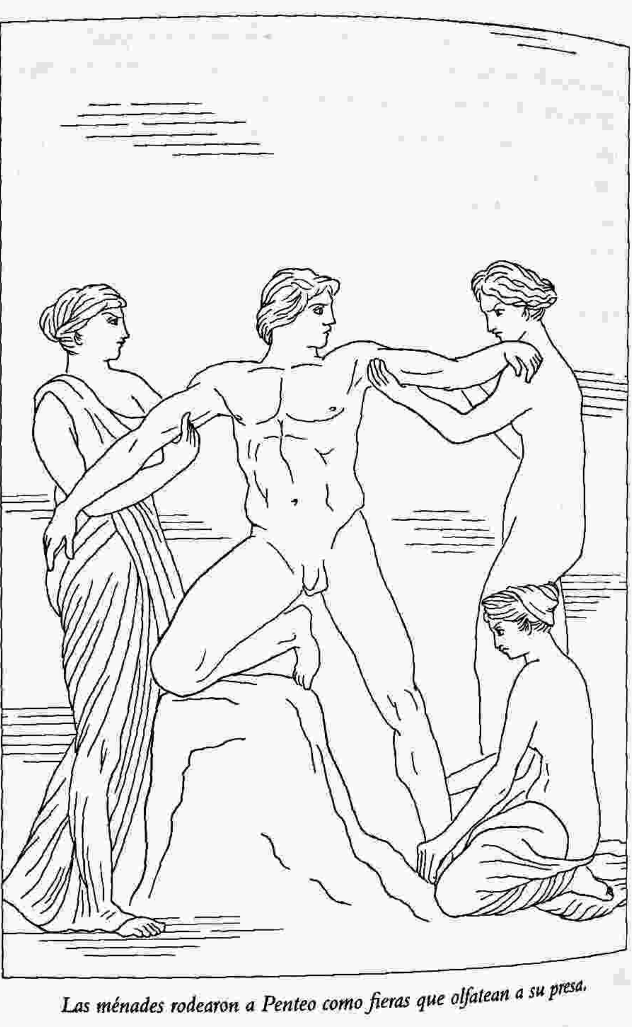
—¡Jóvenes ménades, atended a mi llamada! ¡Aquí os he traído al mortal que se está burlando de vosotras y de mis ritos! ¡Castigadlo, vuestra es la venganza!

Se hizo el silencio. Las ménades alzaron las cabezas, como las fieras que olfatean a su presa. Las primeras en distinguir a Penteo fueron Ágave y su hermana, que se lanzaron hacia el abeto, seguidas por docenas de enfurecidas mujeres que saltaron como panteras por encima de peñas y riachuelos. Cuando estuvieron a los pies del abeto, su griterío semejaba el de una manada de hienas. Penteo, presa de un miedo cerval, pues había reconocido a su madre y a su tía entre aquellas bestias, se agarró al tronco con todas sus fuerzas.

Le arrojaron piedras, intentaron ensartarlo con sus tirsos y, al ver que no conseguían descabalgarlo, Ágave ordenó a las ménades que rodearan en círculo el tronco mientras gritaba:

—¡Rodeadlo y arrancadlo, ménades, para que atrapemos a la fiera encaramada que ha venido a espiarnos!

El gran abeto tembló, sacudido por incontables manos, hasta que quedó desgajado del suelo, con las raíces al aire. Penteo rodó sobre la hierba y, antes de que tuviera tiempo de levantarse, se encontró frente al rostro de su madre. Se



Las ménades rodearon a Penteo como fieras que olfatean a su presa.

arrancó de un manotazo la diadema e intentó acariciar la mejilla de la mujer.

—¡Soy yo, madre, tu hijo Penteo, el mismo al que diste a luz! ¡Ten piedad de mí, madre, y no vayas a hacer ningún daño a tu propio hijo!

Pero Ágave, poseída por una furia divina, agarró con sus manos el brazo izquierdo de su hijo y, apoyando el pie en su costado, se lo arrancó de cuajo, haciendo brotar un chorro de palpitante sangre.

La hermana de Ágave y la turba de bacantes, como una manada de leonas que despedazan a la presa cobrada, remataron la carnicería. Los horrísonos alaridos de dolor de Penteo retumbaron por todo el Citerón, y no cesaron hasta que su desgraciado cuerpo quedó esparcido en cien pedazos. Ágave, la desquiciada madre que había ofendido a Dioniso, con los brazos y el pecho cubiertos de sangre, echó a correr con la cabeza de su hijo ensartada en su tirso. Se dirigió hacia la fortaleza, convencida de que acababa de cazar a un león. Orgullosa de su trofeo, quería mostrarles a su padre, Cadmo, y a su hijo, Penteo, la pieza que había cobrado.

5

Un puesto en el Olimpo

Las costas de la gran isla, la reina de las Cícladas, se levantaban lentamente en el horizonte, perfiladas sobre el azul profundo del Egeo. El chapoteo de las olas contra el casco parecía seguir el lento y rítmico vaivén de los remeros. Apenas una débil brisa empujaba las velas, fláccidas por la calma reinante tras la tormenta que esa noche les habían enviado Poseidón y Éolo. Dioniso, acompañado por Sileno y algunos sátiros, había embarcado al amanecer en una nave manejada por doce marineros, que se habían ofrecido a llevarlos hasta la isla.

Dormían bajo cubierta, ahítos del vino que les había ayudado a combatir las insoportables náuseas. Eran seres de los bosques y de las montañas, de la tierra firme, y aquel balanceo constante agitaba sus espíritus. Dioniso, vigilante, oteaba desde la proa los abruptos acantilados que se elevaban, interrumpidos por planicies y feraces campos de labor.

El corazón de Dioniso tenía motivos para anhelar el momento de hollar la arena de aquellas playas. Según le había contado Nisa, había sido allí, cerca de la cueva, donde su padre lo había extraído de su muslo: Naxos, por tanto, era su verdadera patria, la de su segundo nacimiento. Ahora regresaba, cumpliendo una más de las insoslayables etapas de su destino como dios errante. En su rostro asomó un rictus de preocupación. Recordó las palabras que le había dicho a Sileno antes de embarcar:

—Quiero dirigirme ahora, Sileno, a una isla a la que no ha llegado todavía la noticia de mi poder. No han visto nunca la vid ni han probado el vino, y quiero que a mi partida todos me reconozcan como dios.

Y mientras meditaba estas palabras, algo llamó la atención de Dioniso. En vez de dirigirse a la gran bahía de Naxos, la nave se estaba alejando lentamente de la costa, hacia el norte. Los remeros de los bancos de babor se esforzaban más, mientras que los de estribor casi habían detenido el ritmo de sus paladas. El dios se acercó a Acetes, el timonel, y lo interrogó:

—Acetes, ¿por qué cambias de rumbo? Nos estamos alejando de nuestro destino.

—No tengo más remedio que hacerlo —respondió el timonel en voz baja, procurando que no lo oyeran sus compañeros—, así me lo han ordenado, si quiero seguir viviendo. Debes tener cuidado, pues no todos los que viajan en este barco son hombres justos y temerosos de los dioses —en el rostro de Acetes se mezclaban el temor y la admiración, pues había oído hablar de Dioniso y una voz en su interior le decía que sus pasajeros no podían ser simples mortales.

Dioniso y Acetes, absortos en la conversación, no advirtieron los sigilosos movimientos de los hoscos tripulantes.

Uno tras otro, estos fueron abandonando los remos con disimulo y se encaminaron distraídamente hacia las bodegas. Al final las bancadas de los remeros quedaron totalmente desiertas, pero Dioniso y el piloto no se dieron cuenta, ya que su mirada estaba fija en el horizonte.

De repente, en las entrañas de la embarcación estalló un tremendo alboroto, acompañado de gritos e imprecaciones. Los marinos, conjurados, habían decidido convertir a sus pasajeros en rehenes y venderlos como esclavos en las costas asiáticas: Dioniso, con su cambiante aspecto que tan pronto lo hacía parecer un bello adolescente como una hermosa doncella, era su presa principal, pues sin duda obtendrían por él un buen precio.

De pronto, aparecieron en la escalera de las bodegas dos marineros arrastrando a Sileno, que, gordo y medio borracho todavía, había sido capturado el primero; abajo, los sátiros, ágiles y fuertes como machos cabríos, se defendían a coces y a cornadas, y empezaron a escabullirse hacia la cubierta. Dos de los marinos, que se habían escondido tras unos fardos, se abalanzaron contra Dioniso, pero no llegaron a ponerle las manos encima.

Aquellos hombres, que en realidad eran piratas tirrenos, los más temidos de todos los mares, sellaron así su destino. Cuando los fornidos brazos llegaban al torso de Dioniso, este se desvaneció en una nube extraña de vapor y espuma, y unas sierpes de robusta hiedra envolvieron en un abrir y cerrar de ojos las extremidades, los torsos y los cuellos de los hombres, hasta que terminaron por asfixiarlos.

De pronto, mástiles y maromas reverdecieron como árboles vivos cubiertos de hiedra, los remos se convirtieron en serpientes, las velas en pámpanos: era como si la pujanza prima-

veral de la naturaleza hubiera estallado brutalmente en medio de aquel frágil cascarón perdido entre las olas, como si los cedros y robles empleados en las cuadernas y la quilla, en los remos y los mástiles, hubiesen vuelto repentinamente a la vida.

Resonaron, procedentes de las entrañas de la embarcación, pavorosos rugidos de tigres y panteras, que, con cambiantes formas, se pasearon por la cubierta, apareciendo y desvaneciéndose. Una hipnótica música de cítaras y flautas resonaba por encima de las velas. De pronto, una pantera grande como un toro apareció entre el verdor, lanzando aterradores rugidos.

Los antes fieros piratas corrieron despavoridos de un lado a otro de la cubierta, intentando huir de los espinosos zarcillos que buscaban sus piernas y brazos para ahogarlos. El más fornido de todos ellos, un gigante de casi dos metros, intentó liberar a sus compañeros a hachazos, pero tan pronto como lograba cortar uno de aquellos sibilantes tentáculos, de su tallo surgían nuevos apéndices.

A duras penas, ensangrentados por las espinas que se clavaban en todo su cuerpo y la faz desencajada por el terror, los piratas lograron liberarse y, uno tras otro, se fueron lanzando por la borda. La masa vegetal, convertida en un monstruo vivo y pavoroso, los siguió extendiendo sus tentáculos hacia las oscuras aguas en busca de sus presas.

Los piratas empezaron a nadar desesperadamente para alejarse de aquella horrenda visión, pero pronto se percataron de que no podían hacerlo como hombres que eran. Donde antes estaban sus brazos y sus piernas comenzaron a aparecer unas aletas y una cola, su nariz se alargó hasta convertirse en un prominente hocico y solo sus ojos seguían marcados por un lejano rastro de humanidad, pues el terror continuaba reflejándose en ellos.

Quisieron pedir clemencia, pero ya no pudieron hablar y solo lograron emitir unos lejanos y conmovedores silbidos. Pronto no hubo más que delfines en el agua.

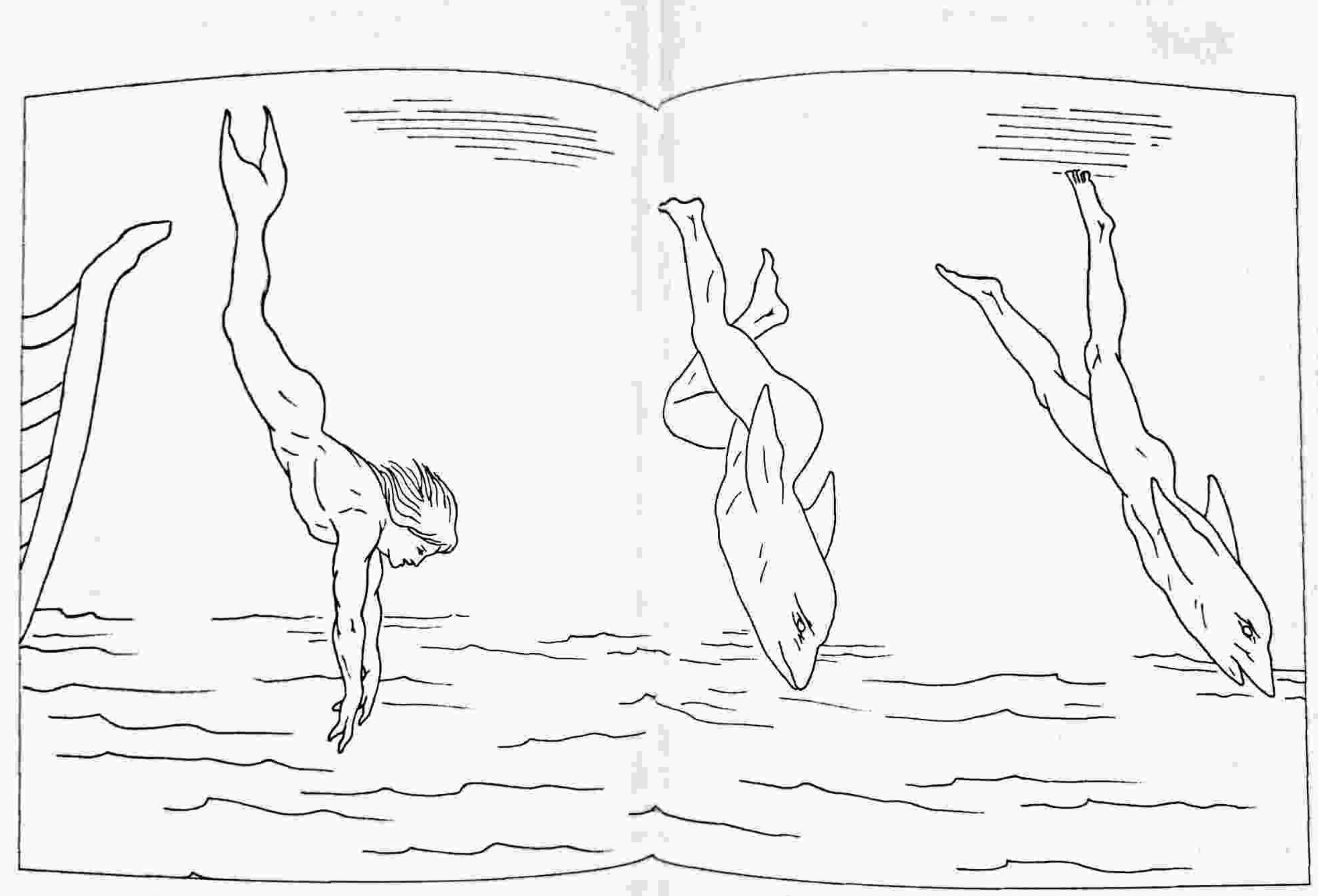
La música se extinguió, los rugidos cesaron y la serpenteante hiedra se esfumó. Los sátiros y los silenos, reunidos todos en cubierta, vieron que un grupo de delfines trazaba círculos alrededor del barco, saltando entre las olas y profiriendo lastimeros lamentos. Se hundían una y otra vez en las profundidades, para resurgir veloces después, exhalando chorros de vaporosa agua marina por sus espiráculos y salpicando de espuma los costados de la nave. Parecía un juego, pero no lo era: estaban suplicando el perdón del dios. En popa, Dioniso, recuperada la forma humana, los contemplaba de pie junto a Acetes, cuyas manos temblorosas apenas lograban sujetar el timón del navío.

—Rumbo a Naxos, Acetes —dijo el dios.

Ahora era mucho más alto y fuerte, empuñaba una afilada lanza y bajo su frente coronada por racimos de uvas se dibujaba una desafiante sonrisa. Acetes, con la voz quebrada todavía por la terrorífica escena, se arrodilló y dijo:

—Gran Dioniso, los prodigios que acabo de presenciar me han confirmado lo que mi corazón ya advirtió. Por eso me resistí a secundar el malvado plan de mis compañeros…

—Lo sé, Acetes, que el miedo abandone tu corazón, pues no tienes nada que temer. Tras tu advertencia, en un instante vi todo lo que iba a suceder después, vi cómo se confabulaban contra mí y me vendían como esclavo en las costas de Asia, cómo te amenazaban y castigaban. Ahora sus corazones de pirata, ennegrecidos por las culpas de sus acciones contra inocentes, vagarán eternamente por los mares, pues los he condenado a redimirse ayudando a los hombres en sus naufragios.



Los piratas observaron horrorizados cómo sus brazos se convertían en aletas.

Al oír estas palabras, los delfines, que levantaban una y otra vez sus cabezas fuera del agua, parecieron comprender cuál era su inapelable condena y se alejaron hasta que sus estelas se perdieron en la lejanía.

◇◇◇

Pasaron las estaciones y en Naxos la vida había cambiado. En las laderas, antes ocupadas por pedregales, florecían ahora las interminables hileras de vides; en las casas donde antes solo se guardaban el trigo, reposaban ahora las grandes tinajas, llenas de vino. La vendimia había acabado y los habitantes de la isla habían aprendido un arte nuevo, y con él se habían entregado al culto, las fiestas y los ritos mágicos del nuevo dios, el viajero que había llegado a sus costas con su séquito.

Una ligera nave de blanca vela, con un mástil florido y sus remos cubiertos de hiedra, costeaba los acantilados. La escoltaba un grupo de delfines, que con sus gráciles cabriolas arrancaban surtidores de espuma de las aguas del color del vino. Eran compañeros de los piratas tirrenos, que habían difundido en las profundidades egeas la nueva del advenimiento del dios viajero. Acostado sobre cubierta, con la frente coronada de racimos, Dioniso escrutaba la costa, en busca de las mejores tierras para plantar nuevas vides.

De pronto, uno de los sátiros que lo acompañaban, oteando las rocas a horcajadas sobre la roda de proa, dio el grito de alerta:

—¡Mirad, fijaos, allá, bajo los olivos!

Dioniso dirigió la mirada hacia el lugar que señalaba el brazo extendido. Acababan de doblar un escarpado cabo y ante ellos se abría una pequeña ensenada, de la que partía un sendero. Más arriba se avistaba un olivar centenario, presidido por un árbol antiquísimo de ciclópeo tronco. Bajo su copa, protegida de los rayos del sol, yacía una figura acostada sobre un lecho de fresca hierba. Parecía dormida.

Dioniso, con su sola voluntad, dirigió la nave hasta la orilla y, antes de que la proa hendiera la arena, saltó por la borda y en un instante estuvo de pie ante la inesperada aparición. Cauteloso, pues nunca dejaba recelar de las tretas de Hera, se acercó... Y entonces se estremeció ante aquella visión.

Una extraña calma se apoderó del paisaje; la brisa se detuvo, el oleaje enmudeció, los delfines se aquietaron a pocos metros de la orilla. En la nave se hizo un silencio expectante y el corazón de Dioniso le dictó el mensaje que le enviaban los cielos, un presentimiento como el que lo había penetrado tiempo atrás, cuando recibió el regalo de la vid. La luz se hizo más intensa, como contagiada del poder del rayo divino.

El sol, filtrándose entre el ramaje, iluminaba a una joven. Era de una hermosura que encogía el corazón. El manto había resbalado de sus hombros y solo la cubría una ligera túnica que apenas ocultaba su cuerpo, insinuando sus blancos pechos, su ondulante vientre y la delicada curva de sus caderas y sus muslos. Con un nudo en la garganta, Dioniso se arrodilló y posó suavemente su mano diestra en el hombro desnudo de la mujer.

—¿Quién eres, hermosa joven? ¿Eres acaso un engaño que me envía Hera? —preguntó Dioniso, expectante por la proximidad de aquella turbadora y cálida piel.

La muchacha despertó sobresaltada, abriendo mucho sus grandes ojos, de un azul tan intenso como el que rodea las cumbres del Olimpo. Un azul, sin embargo, rodeado por el rojizo llanto de muchas lágrimas derramadas.

—¡Teseo, has regresado! —exclamó con voz ronca y la vista enturbiada por la angustia, echándose en brazos del dios.

Dioniso no hizo nada por liberarse del abrazo. La joven lloraba, apretándose contra su cuerpo. La sangre del dios hervía. Y cuando por fin, tras mucho llanto y protestas apenas comprendidas, Dioniso pudo desprenderse del intenso abrazo, la tomó delicadamente de las manos y le dijo:

—No soy Teseo, bella mujer, soy Dioniso, hijo de Zeus y Sémele, que recorre el mundo para difundir su poder y sus ritos entre los hombres de todas las tierras conocidas. Ahora acabaré mi misión, he dado fin a mi viaje y me dispongo a regresar a la morada de mi padre, Zeus. Pero ¿quién eres tú, regalo de los dioses?

La joven lo contempló, maravillada y estupefacta, y al instante las lágrimas y la angustia quedaron borradas de su rostro. Tal era el poder de fascinación que emanaba de Dioniso.

—Soy Ariadna, la hija del rey Minos, que ayudé a mi amado Teseo a huir de Creta para escapar de la ira de mi padre. Pero, en vez de agradecérmelo, me traicionó y me abandonó. Vi sus velas alejándose en el horizonte.

Entonces Dioniso la hizo levantarse y, abrazándola con una ternura que iba más allá de los embates de los sentidos, la acompañó hasta su nave a través de la cálida arena. Los sátiros volvieron a brincar al compás de la danza de los delfines y la música resonó en toda la ensenada.

◇◇◇

El largo viaje de Dioniso tocaba a su fin, pero su periplo para que los hombres reconocieran su potencia divina, para que dejaran de considerarlo como un extranjero que solo



Dioniso envolvió a Ariadna con un abrazo y sus lágrimas desaparecieron al instante.

viajaba de acá para allá, no podía completarse sin antes lavar la primera de las afrentas de Hera: la muerte de su madre, Sémele, carbonizada por el rayo divino.

Así, impulsado por su destino, partió de Naxos con su nave y atravesó de nuevo las ondas hasta llegar a las costas de donde había partido por primera vez. Allí reunió de nuevo al grueso de su ejército de ménades y sátiros, e instaló su campamento. Debía encontrar algún camino hacia el inframundo, la morada de Hades, el invisible, y rescatar de entre las sombras de los muertos el espíritu de su madre.

Esa misma noche, como era su costumbre, organizó una gran fiesta como ofrenda en honor de Zeus. Corrió el vino, los sátiros tocaron sus instrumentos y las ménades ejecutaron sus danzas. Hizo correr la noticia por las aldeas cercanas y acudieron hombres y mujeres en tropel. Entre los atónitos presentes se hallaba un anciano campesino, Prosimno, que quedó hipnotizado por la belleza de Dioniso, quien había adoptado su forma humana más seductora. Como el dios había anunciado lo que se proponía, el anciano se atrevió a hablarle.

—Yo puedo enseñarte el camino al Hades, divino Dioniso —le dijo, inclinándose ante él—, pues entre todos los que existen, yo conozco uno que conduce a un lugar donde se producen prodigios inexplicables. Es la entrada de una cueva, oscura y amenazadora, de la que emergen penosos gemidos entre el fragor de los torrentes que desembocan en un negro lago sin fondo.

—Explícate mejor, Prosimno, y si es verdad lo que dices, te recompensaré con creces.

—Muy cerca de aquí se extienden unas tierras oscuras y cenagosas, un piélago maloliente en el que se dice que mora

un monstruo, la hidra de nueve cabezas, a la que no se puede matar porque de cada cabeza cortada le nacen dos más. Su aliento es tan fétido que mata a las plantas e incluso a los pájaros que sobrevuelan el pantano, al que llaman lago de Lerna. A un lado de sus negras y hediondas aguas se abre la boca de los infiernos, que escupe sin cesar los lamentos de las almas muertas. Yo los oí, aunque con gran peligro para mi vida, un día que buscaba a un cordero perdido al que hallé sin vida.

Dioniso lo escuchaba en silencio. Prosimno continuó:

—Al fondo de la ciénaga y el negro lago, oculta tras la cortina de agua de una cascada, se abre la ominosa caverna, la boca del inframundo. Dicen que en su entrada se halla apostado el feroz can Cerbero, el perro de los infiernos, un monstruo de tres cabezas y voraces fauces. Es el guardián de las puertas. Él evita que los muertos escapen e impide la entrada de los vivos que han sobrevivido a la hidra, despedazándolos y devorándolos… —Dioniso lo interrumpió:

—Nada he de temer de estos monstruos, pues ninguno de ellos se atreverá a impedir el paso del hijo de Zeus, el soberano de todos los olímpicos. ¿Piensas acaso que mi padre no vela por mí?

◦◦◦

Una nube nauseabunda los asaltó cuando aún no habían divisado las cenagosas aguas del Lerna, pero el paisaje anunciaba ya su cercanía. El verdor de prados y bosques había dejado paso a un escenario que parecía calcinado, de piedras y tierra yerma. Aquí y allá el suelo aparecía agrietado y sembrado de pequeños cadáveres: pájaros, serpientes y lagartos, incluso algún zorro poco astuto de pelaje requemado, eran el mudo

testimonio del venenoso aliento de la hidra. Dioniso ordenó a los que lo acompañaban que se retirasen hasta la linde del bosque y que lo esperasen allí, pues no tardaría en regresar.

Cuando Dioniso avanzó hacia la orilla del lago, una rápida ondulación de la superficie de las negras aguas anunció la llegada de la hidra. El dios se detuvo, las nueve horribles cabezas emergieron, las miradas se cruzaron. Al instante, el monstruo reconoció al hijo de Zeus y se zambulló hacia las profundidades de su guarida, dejándolo pasar sin herirlo; aquel no era uno de sus enemigos.

Dioniso siguió avanzando, imperturbable, rodeando la orilla, hasta que llegó a una grieta de la escarpada montaña, abierta como una herida en la ladera. Dormitaba el monstruoso Cerbero, que al punto irguió sus tres cabezas y se acercó a él meneando la cola, como el más dócil de los perros. Pero Dioniso sabía que esa era una treta para dar confianza a los desgraciados que se acercaban, antes de despedazarlos. Así que levantó su tirso y tocó con la punta una de las cabezas. Los tres pares de ojos se abrieron y las fauces se cerraron: había reconocido al dios y se apartó de la oscura sima que guardaba, franqueándole el camino.

Dioniso dio unos pasos hacia la tenebrosa negrura. Al punto, una misteriosa luz que se desprendía de las brillantes vetas minerales de las paredes comenzó a avanzar delante de él, como indicándole el camino. Después se extinguía enseguida tras sus pasos, como un fantasma solícito que le diera la bienvenida. A medida que caminaba, las paredes de la tenebrosa galería se ensanchaban como el cuerpo vivo de una serpiente, para cerrarse después tras él. Dioniso adivinó que Hades lo esperaba, pues como dios del mundo subterráneo,

todo lo que en él moraba obedecía las órdenes de su pensamiento: la luz y la oscuridad, la solidez de la piedra y el fluir de las aguas, el tránsito constante de las almas angustiadas. De las profundidades llegaba una letanía de lamentos: eran las voces sin vida de las almas condenadas.

Se hundía cada vez más en el insondable reino de Hades, y así pudo contemplar los resplandores de las moradas del inframundo. Pasó junto a las ciclópeas murallas del Tártaro, el abismo sin fin, enterrado tan hondo como lejos está el cielo de la tierra. De su interior surgían terribles rugidos que hacían temblar las paredes de roca.

De pronto, cuando ya le parecía haber llegado al final de su camino, Dioniso se detuvo. Notaba ante sí una ominosa presencia, y un soplo de gélida brisa azotó su frente. No lograba distinguir nada, excepto unos huidizos resplandores que tomó por las sombras de los muertos moviéndose entre los metálicos vericuetos. Gemidos, airadas protestas y llantos sordos e irrefrenables se mezclaban en una cacofonía que erizaba la piel y enturbiaba los sentidos.

Se hizo un silencio sepulcral, las sombras se desvanecieron presurosas, como arrastradas a los serpenteantes túneles por una violenta ráfaga de viento, y Hades apareció delante de Dioniso, cerrándole el paso con la mole de su cuerpo. Se había quitado el casco y, por tanto, había dejado de ser invisible, aunque su piel de color ceniza parecía estar a punto de disolverse entre el gris de las paredes rocosas. Hades, el de pensamientos impenetrables, dios del inframundo, era más alto que el más anciano de los cipreses, y despertaba temor incluso entre los suyos; la mirada de sus ojos enteramente negros reflejaba una vastedad inconcebible, un infinito que iba hasta

más allá de los tiempos. Detrás de él, mucho más luminosa, se perfiló la silueta de su esposa, Perséfone, la reina de los muertos.

Dioniso enfrentó la inflexible mirada de sus ojos negros, una mirada que despedía una fiereza tal que ningún mortal hubiera podido sostenerla sin que se le helara la sangre en las venas. Pero él era Dioniso, el hijo de Zeus, y contempló el severo e impenetrable rostro sin pestañear, sin temor alguno.

—Te esperaba, Dioniso, hijo de mi hermano —la voz de Hades resonó, sorda y profunda como el fragor del río Aqueronte, pero sus ojos abandonaron parte de su fiereza, pues había reconocido a uno de los suyos—. Si fueras mortal, ya habrías pagado tu atrevimiento con la vida y ahora vagarías por mi reino junto a las sombras de los héroes que aquí descansan o pagan sus afrentas. Pero eres el amado hijo de mi hermano; así me lo ha hecho saber. Y ahora te pregunto: ¿por qué te has aventurado a penetrar en mi morada?

—Mi padre me ha enviado para que me ayudes en mi empeño —respondió Dioniso—. Mi misión entre los hombres está llegando a su fin, pero antes debo devolverle a mi madre la vida que tan injusta y cruelmente le arrebató la diosa.

—Han llegado hasta mí las noticias de tus prodigios, así lo cuentan las almas que vienen de Beocia y Tracia, y de las más alejadas regiones de Asia. Las almas de Licurgo y de Penteo, y de todos los que los siguieron, se lamentan ahora, y lo harán por toda la eternidad, de su desobediencia y de las ofensas que te infligieron.

—Necesito que me permitas liberar el alma de mi madre. —insistió Dioniso.

—No me opongo al deseo de Zeus y de su hijo, pero me tendrás que ofrecer a cambio algo que selle nuestro pacto, que

recuerde el lazo eterno que a partir de ahora nos ha de unir —rugió la cavernosa voz.

—Te cederé algo que estimo mucho —afirmó Dioniso—: el mirto, el árbol sagrado que será la prueba viva del pacto que sellamos, el símbolo del camino que me ha llevado hasta las tinieblas de tu reino desde las regiones de la luz, la belleza y la fertilidad. Creo que será del agrado de Perséfone, ese otro lazo que tú mantienes con las regiones iluminadas por Helios.

Y, diciendo esto, arrancó uno de los zarcillos que coronaban su frente, lo arrojó contra el suelo y al punto brotó de la áspera superficie de roca un pujante árbol de verdes y relucientes hojas, cargado de frutos y perfumadas flores, tan blancas como los brazos de Perséfone.

Al ver el mirto, la diosa sintió que los ojos se le llenaban de añoranza, pues le recordaba a su madre, Deméter, de la que Hades la había separado. La terrible reina de los muertos volvió a ser la inocente doncella y su corazón de hierro se ablandó. En su memoria se agolparon los recuerdos, los verdes prados de su juventud, y el olor de las flores del mirto la transportó a las luminosas mañanas de los llanos de Enna, en Sicilia, de donde la había arrancado la lujuria de Hades. Se acercó al mirto, posó su mano entre las flores y se quedó inmóvil, como si la fuerza del poder dionisíaco la hubiera devuelto realmente a las verdes planicies.

Hades y Dioniso cruzaron sus miradas en silencio. No había más que decir.

El dios del inframundo agitó entonces el brazo con el que sostenía su yelmo y la galería donde se hallaban retumbó. Las paredes retrocedieron hasta formar una enorme caverna iluminada por una luz difusa y espectral. La negra niebla se

aclaró y empezó a formarse en el centro un horrible remolino que gemía al unísono en un clamor horroroso. Eran las sombras de las almas, que giraban vertiginosamente, sin que se pudieran distinguir sus formas y sus rostros. De las oquedades de las rocas, del suelo y del techo surgió, como de mil negros y venenosos manantiales, la multitud de las sombras privadas de vida: jóvenes y ancianos, doncellas, matronas y niños, héroes traspasados por flechas y jabalinas, sus escudos horadados por la espada... Todos ellos, peregrinos sin rumbo que vagaban por las regiones del Hades, acudían a la llamada de su señor.

Dioniso, sereno pero fascinado por aquella orgía de muerte, esperó ante un Hades imperturbable. Sin que lo advirtiera apenas, una dulce tranquilidad le invadió, al tiempo que se formaba a su alrededor, sobre su cabeza y sus miembros, la sombra de una bellísima mujer de triste mirada. Dio un paso atrás y la sombra se convirtió en la joven Sémele, su madre, tan bella e inocente como el día en que el rayo de Zeus la había fulminado entre sus brazos. Dioniso tomó sus manos y a su contacto la piel adquirió calidez, las mejillas se sonrosaron, la carne se hizo firme. El poder vivificador del padre de los dioses, el amontonador de nubes y señor del rayo, atravesó los cielos y la tierra y, a través del cuerpo de su hijo, infundió nueva vida al cuerpo de su amada revirtiendo así la maldición de Hera.

◇◇◇

En la tierra de los hombres había amanecido un nuevo tiempo. Gracias a Dioniso habían aprendido a domeñar el poder del líquido sagrado y su culto se extendía por tierras lejanas,

transportado por mares y caminos. Los templos florecían, repletos de ofrendas. Todos conservaban en sus retinas y sus memorias las escenas de las bacanales más salvajes, lo que podía suceder si se abusaba del sagrado líquido: locura y delirio, hijos despedazados por sus madres, peleas brutales y asesinatos..., pero Dioniso les había enseñado cómo podían convertir esa energía criminal, esa causa de dolor extremo en una fuente de alegría y consuelo, de placer sensual y risas.

Solo las cumbres del Olimpo permanecían oscuras, ocultas por una capa nubosa de la que de vez en cuando escapaban rayos y retumbantes truenos, como si los que allí habitaban quisieran ocultar algo a los ojos de los mortales. Las águilas sagradas, planeando bajo las nubes, guardaban los cielos y anunciaban que en la morada de los dioses se preparaba un gran banquete.

Desde su sitial, Zeus observaba los preparativos en el gran salón que había hecho construir para celebrar sus consejos con los demás inmortales. En su rostro asomaba una sonrisa de satisfacción, pues estaba esperando el regreso de su hijo..., y de su amada Sémele. Había enviado a Hermes, el mensajero divino, para que les mostrase el camino.

Se oyó bramar al vendaval y un resplandor atravesó la negra muralla de brumas que sostenía el palacio. Atravesando las nubes aparecieron, precedidos por Hermes y envueltos en la invisible música, Sémele, Dioniso y Ariadna, madre e hijo, y la que sería la madre de los hijos del dios: el pasado y el futuro se fundían. Zeus se puso en pie, se acercó y levantó el brazo derecho empuñando el rayo. Todo el poder de los dioses se concentró en ese gesto. El rayo, desde la diestra de Zeus, ascendió hasta el confín de la bóveda celeste, rebotó

en ella y regresó con su fuerza multiplicada para envolver a los que se entrelazaban en el divino abrazo. Ahora, en vez de calcinar a las dos mujeres, las convirtió en inmortales.

Las celebraciones de la boda de Dioniso y Ariadna se prolongaron durante días, que los mortales vieron pasar con temor y reverencia, pues intuían que los remolinos celestes, las cortinas de agua, los azulados relámpagos y los retumbantes truenos que se encabalgaban en las alturas eran una señal inequívoca de que algo ocurría en la morada de los dioses.

De pie en la gran terraza, frente al salón donde se reunían los dioses, Dioniso tomó a la rubia Ariadna de la cintura y la besó con todo el amor de que eran capaces los dioses.

—Ahora eres la esposa de un dios, Ariadna, y como tal vivirás conmigo eternamente, libre de los males que aquejan a los mortales —dijo Dioniso—. Y como prueba de mi amor quiero que tu frente ciña esta diadema de oro.

Y, diciendo esto, colocó sobre sus sienes una resplandeciente tiara confeccionada por las manos de Hefesto, las más hábiles del universo.

Entonces, los asombrados mortales, que durante todas esas noches no habían dejado de escudriñar sus destinos inscritos en las estrellas, vieron aparecer en la bóveda celeste una nueva constelación en forma de corona, y la llamaron Ariadna.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Aunque perteneciente a la segunda generación de los olímpicos, Dioniso, como hijo de una mujer humana, no estaba destinado a ser un dios. Su doble nacimiento, primero de su madre, Sémele, y luego de su padre, Zeus, le dio la condición de inmortal, pero aun así fue una divinidad diferente al resto, asociada a cultos enraizados con la naturaleza más primigenia, el delirio y el éxtasis místico.

Siglos de tradición iconográfica en arte, así como adjetivos derivados de su nombre, como «dionisíaco» o «báquico» (de Baco, su nombre romano), nos han acostumbrado a ver a Dioniso como un dios hedonista y benévolo, amante del vino y de la fiesta. Mas no era así en origen. El Dioniso que nos transmiten las fuentes griegas antiguas, tanto plásticas como literarias, es una deidad muy alejada de esa imagen risueñamente ebria, más bien está marcada por la locura: la que, por obra de la celosa Hera, envuelve a Ino y Atamante, los encargados de criarlo; la que, provocada por la misma diosa, asalta al propio dios, y la que este, ya adulto, induce a aquellos que se niegan a reconocer su poder, como Licurgo y Penteo, y a quienes le rinden culto en unas ceremonias que son puro frenesí.

En realidad, Dioniso es un dios contradictorio y dual, capaz de seducir y de fascinar, de dispensar placer y de liberar de aflicciones, pero también de castigar con una ferocidad pavorosa, abisal. Es así el dios de la felicidad y el terror, de la liberación y el suplicio, un carácter dual

que expresan muy bien los *Himnos órficos* (una colección de poemas en lengua griega compuesta hacia el siglo III d. C.) a él dedicados. Tal como se lee en ellos, es el «liberador», el «adornado con racimos de uva y revestido de tiernas ramas» y el «entusiasmado con la danza, conductor de los festivos cortejos», pero igualmente el «agreste, inefable, oscuro» y, más inquietante aún, el que «disfruta con las espadas, con la sangre» y el que «se complace con la carne cruda».

EL DIOS EXTRANJERO

Ya a los antiguos griegos Dioniso les resultaba un dios tan desconcertante que le atribuyeron un origen extranjero, ubicando el monte Nisa en el que se crió en lugares tan remotos como Etiopía o Arabia. Ciertamente, era hijo de Zeus, pero todo en él era diferente al resto de olímpicos. Lo era por su doble nacimiento: de las entrañas de Sémele y del muslo de Zeus, quien al completar su gestación le proporcionó la inmortalidad a la que, por el origen humano de su madre, no tendría derecho. Pero lo era sobre todo por su propia naturaleza. Si los olímpicos son dioses que, pese a su carácter pasional y caprichoso, representan una especie de orden del cosmos, pues cada uno de ellos es la personificación de una fuerza elemental o de aspiraciones, artes e instituciones que harán suyas los seres humanos, Dioniso, dios del vino y la vid, de la fertilidad y el éxtasis, se presenta mucho más terrenal y escandalosamente primigenio.

Donde mejor se plasma este carácter extraño es en su culto: el hijo de Sémele no se conformaba con que sus fieles practicaran una serie de rituales y sacrificios bien establecidos, sino que reclamaba mucho más, una unión íntima y absoluta con él. Para lograrla, de noche, en los montes y entre espesuras boscosas, sus seguidores se entregaban a una danza frenética que, acompañada por el fragor de flautas, panderetas, tambores y crótalos, desembocaba en una especie de embriaguez mística, en un éxtasis que, al anular el propio yo, devolvía a la persona a su esencia más primordial y salvaje, hasta el extremo de que al final los participantes se lanzaban sobre una presa viva para descuartizarla con uñas y dientes y devorar su carne aún palpitante... El rito cumplía así una función catártica, liberadora, en las antípodas de la seguridad y el equilibrio que propone, por ejemplo, el culto a Apolo, cuyo objetivo no es otro que el conocimiento de uno mismo.

Episodios del mito de Dioniso como el del rey Penteo de Tebas sugieren que la expansión del culto dionisíaco, con toda su exaltación de la locura, hubo de vencer la hostilidad de las sociedades urbanas, que consideraban la religión como un fundamento del orden. Pero debió de triunfar, y ello en fecha temprana, pues el nombre del dios (*di-wo-nu-so*) figura ya en inscripciones en lineal B halladas en yacimientos micénicos de los siglos XIII y XII a.C., como el palacio de Pilos. Con el tiempo su figura fue encontrando acomodo en el calendario festivo, especialmente en Atenas a partir del siglo VI a.C., pues esta ciudad le dedicaba cuatro fiestas: las Dionisíacas Rústicas (diciembre) y las Leneas (enero-febrero), ambas con procesiones y sacrificios en su honor; las Antesterias (febrero-marzo), que inciden en su imagen dual, y las Grandes Dionisíacas (marzo-abril), una procesión que llevaba la imagen del dios desde Eléuteras hasta Atenas. La importancia de estas fiestas es capital, pues los himnos y danzas ejecutados en ellas en honor a Dioniso constituyen el origen de la tragedia y la comedia, del teatro, en suma. Todavía hoy pueden verse en la vertiente sur de la acrópolis ateniense las ruinas del teatro de Dioniso, del siglo VI a.C., donde se representaban durante las Grandes Dionisíacas tres tetralogías (tres tragedias y un drama satírico) debidas a otros tantos poetas, que competían por ser reconocidos como el mejor autor.

El dios que nació tres veces

De Dioniso se dice que es el dios nacido dos veces, la primera de Sémele y la segunda de Zeus. Mas hay otra versión del mito que eleva a tres el número de esos nacimientos: «Y como naciste tres veces, así en tu honor por siempre en fiestas trienales los hombres celebrarán cumplidas hecatombes», se lee en los *Himnos homéricos*, una colección compuesta entre el siglo VII a. C. y el IV d. C. Según esta tradición, el dios habría sido el fruto de la relación incestuosa entre Zeus y su hija Perséfone. Conocido como Zagreo, un día cayó en manos de los titanes, quienes lo descuartizaron y devoraron antes de ser fulminados por el rayo de Zeus. De ese primer Dioniso solo se salvó el corazón, que el rey de los dioses ofreció a Sémele, quien concibió así al segundo Dioniso, el mismo que acabaría naciendo del muslo de Zeus. El arcaico culto dionisíaco que culminaba con una víctima descuartizada y devorada cruda no sería sino un recuerdo de ese martirio del dios. Se trata, pues, de una historia de muerte y de renacimiento, que relaciona al griego con el Osiris egipcio, también él desmembrado y vuelto a la vida para quedar como señor de la fertilidad, la vegetación y los muertos. Ya en época imperial, esta tradición la hicieron suya los adeptos del orfismo, una secta que creía en la salvación del alma. Según su credo, los hombres surgieron de las cenizas de los titanes que devoraron a Dioniso, por lo que en ellos combaten un principio maléfico o titánico y otro divino o dionisíaco. Sabiendo esto, el adepto debe liberarse mediante la ascesis del primero de esos principios para purificar y salvar su alma.

LA IMPIEDAD DE PENTEO

Dioniso, no es un personaje habitual en las tragedias que han llegado hasta nosotros. La excepción es *Las bacantes* de Eurípides (484-406 a.C.), que pone en escena la desdichada historia del rey Penteo de Tebas, considerado un símbolo de la impiedad humana, pero que también puede interpretarse como el hombre que, llevado por la fe en la razón y un acendrado puritanismo, se opone a un culto que si por algo se distingue es por su irracional frenesí, como bien expresa el coro de bacantes: «¡Qué placer, el tíaso errante y al suelo caer con la nébride sacra persiguiendo la sangre del cabrón y luego matarlo y comerse con júbilo crudas sus carnes por los montes de Frigia y de Lidia con Bromio que guía el cortejo, evé!». Bajo la forma de un mago extranjero, Dioniso se presenta en la ciudad natal de su madre para enseñar a los tebanos «que sabe ser a los hombres grato, pero al final mostrarse como terrible dios».

Mucho más descreída es la mirada del sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.), quien en uno de sus *Diálogos de los dioses* convierte a Dioniso en objeto de sempiterna discusión entre Zeus y su esposa Hera. El retrato que esta hace del hijo de Sémele no puede ser más irreverente: «A mí, desde luego, me daría vergüenza, Zeus, tener un hijo como tú y tan echado a perder por la bebida, que se ciñe la cabeza con la mitra, que en muchas ocasiones está con mujeres medio locas, más afeminado que ellas, bailando al son de los tambores, flautas y platillos, y que, por decirlo en dos palabras, se parece a cualquiera más que a ti, su padre».

En Roma, Dioniso, aquí llamado Baco, ocupa un lugar relevante en la obra de Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), especialmente en su poema *Metamorfosis*, todo un compendio de mitología cantado con acentos épicos. Los amores de Júpiter (Zeus) y Sémele, así como

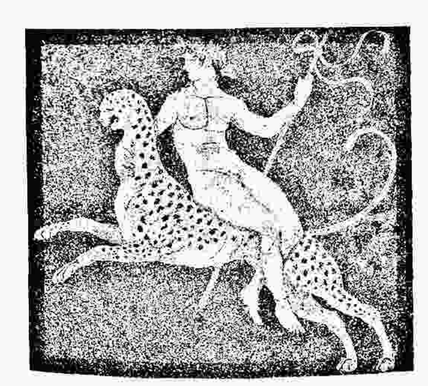
el triste fin de esta, son tratados aquí, aunque el episodio más destacado sea el de Penteo, que el poeta engarza hábilmente con el de los marinos tirrenos. Todo el talento de Ovidio para la narración y la descripción brilla en estos episodios, con un Penteo más iracundo e intransigente que el de Eurípides, dispuesto a impedir que su ciudad sea tomada «por un niño sin armas, a quien no gustan la guerra ni las armas ni montar a caballo, sino el cabello empapado en mirra, las tiernas guirnaldas, la púrpura y el oro bordado en coloridas ropas».

A partir de la Edad Media, Dioniso perdió su carácter más perturbador para convertirse en una figura que exalta la alegría de vivir y, muy especialmente, los placeres que proporciona el vino. Un ejemplo representativo de ello es *Carmina burana*, una colección de poemas en latín, pero también en alemán y francés, compuestos entre los siglos XII y XIII por clérigos errabundos y estudiantes de mala vida comúnmente conocidos como goliardos. Uno de los más famosos es el titulado «Cuando estamos en la taberna», en el que se lee: «Nadie allí teme a la muerte y por Baco tientan la suerte».

En época moderna, Dioniso halla una relevancia especial no tanto en la literatura como en la filosofía. El responsable de ello fue el alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900), quien desde su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*, contrapuso la figura del hijo de Sémele a la de Apolo. Frente a la razón, el equilibrio y la serenidad encarnadas por este último, Dioniso representa la embriaguez propia del instinto, el entusiasmo primigenio que acompaña a los actos irracionales; en suma, simboliza la inocencia de la libertad y la emoción absolutas. Esta concepción culmina en un poemario escrito por el filósofo al final de su vida y que lleva por título *Ditirambos dionisíacos*. En uno de sus poemas, «Lamento de Ariadna», Dioniso, «el malicioso dios desconocido», el «torturador», «el más cruel cazador», dice: «¿No debe uno odiarse primero para luego poderse amar?... Yo soy tu laberinto...».

APOLOGÍA DE LA EBRIEDAD

La iconografía dionisíaca es tan abundante como compleja: así, si la escultura conocida como *Dioniso pseudo-Sardanápalo* (probablemente original del siglo IV a.C. y de la que se conservan algunas copias romanas), lo muestra como un hombre mayor barbado y vestido, mientras que el *Dioniso Ludovisi* y el *Dioniso del Louvre* (ambas del siglo II d.C.) lo presentan como un joven estilizado, indolente y desnudo. La cerámica y el mosaico muestran idéntica variabilidad iconográfica. En la primera de esas artes destaca por su belleza la llamada copa o kílix de Dioniso, un (cáliz para beber vino), de figuras negras y pintado hacia el 530 a.C. por Exequias. Su parte interior recrea el episodio con los piratas tirrenos: el dios, aquí barbado, aparece recostado en la nave de cuyo mástil penden hojas y racimos de uva mientras que en el mar nadan los marineros convertidos en delfines. En cuanto a mosaicos, uno de los más antiguos e interesantes se encontró en la histórica capital macedonia, Pella. Datado en el siglo IV a.C., representa al dios sobre una pantera.



Este mosaico de finales del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico de Pella) formaba parte de la decoración de una sala de banquetes para uso masculino de una casa de la antigua Pella, en la Macedonia griega, la llamada Casa de Dioniso por la calidad del hallazgo. En él se representa al dios con el tirso y montado sobre una pantera.

En el Renacimiento y el Barroco, el Dioniso que se impuso fue el dios del vino. Esa es la figura que esculpió el italiano Miguel Ángel (1475-1564) en su *Baco ebrio*, donde el dios, coronado con una guirnalda de hojas de parra, mira amorosamente la copa cuyo contenido está a punto de beber. Otro italiano, Caravaggio (1571-1610), se autorretrató como el hijo de Sémele en dos ocasiones: si en *Baco adolescente* aparece como un joven imberbe, andrógino y ligeramente embriagado, en *Baco enfermo* ese mismo joven se vuelve como sorprendido hacia el espectador, mostrando ese rostro macilento que justifica el título.

El vino también está presente en *El triunfo de Baco*, del español Diego Velázquez (1599-1660), una pintura en la que destaca el contraste entre el joven dios, tratado de manera clasicista, y los borrachos que lo acompañan, retratados de forma caravaggiesca, esto es naturalista, sin idealización alguna. No podía ser más diferente el *Baco* de Peter Paul Rubens (1577-1640), un personaje grueso, de carnes fláccidas y probablemente en estado de ebriedad perpetua, que, orgullosamente sentado sobre un tonel, dispone la copa para que una de sus seguidoras la llene mientras detrás de él un sátiro deglute directamente de un ánfora y un niño micciona sin rubor alguno. Lo mismo que *El pequeño Baco* del italiano Guido Reni (1575-1642), un gordezuelo rapaz que bebe con precoz desparpajo y fruición el zumo de la vid a la vez que evacúa el líquido que sobra…

El dios del vino y sus pintorescos acompañantes empezaron a ceder plaza a finales del siglo XIX, cuando los artistas, en buena parte debido al influjo de Nietzsche, recuperaron una imagen más perturbadora de Dioniso. Eso se aprecia en la forma de abordar el tema de las bacanales. Así, las pintadas por el alemán Lovis Corinth (1858-1925) plasman la degradación moral y física de quienes participan en ellas, sin exceptuar a un Dioniso decrépito por los años y los abusos.





El Barroco privilegió la representación de Dioniso como el dios del vino. Arriba, El triunfo de Baco o Los borrachos *(Museo del Prado de Madrid), una obra de Diego Velázquez que sorprende por el modo de unir dos universos antagónicos: el mitológico, en el lado izquierdo, dominado por los cuerpos desnudos y la luminosidad, y el real y cotidiano, con sus mendigos de mirada achispada y expresión verista. Abajo,* Baco adolescente *(Galleria degli Uffizi de Florencia), un autorretrato de Caravaggio que destaca por su rostro andrógino y su pose indolente y sensual.*

EL FRENESÍ DE LA DANZA

Dioniso no es un músico, pero va siempre acompañado por un ruidoso séquito que hace sonar flautas, panderetas y címbalos. No es extraño, pues, que abunden las partituras que recrean sus andanzas ni que hayan surgido algunas formas musicales inspiradas en su figura. Es el caso de la bacanal, una danza caracterizada por el frenesí rítmico y la exuberancia sonora, y que está presente en obras como el ballet *Baco y Ariadna* de Albert Roussel (1869-1937) y la ópera *Baco* de Jules Massenet (1842-1912), pero también en otras que nada tienen que ver con el hijo de Sémele, como el ballet *Dafnis y Cloe* de Maurice Ravel (1875-1937) y las óperas *Sansón y Dalila* de Camille Saint-Saëns (1835-1921) y *Tannhäuser* de Richard Wagner (1813-1883). Otra forma es la canción báquica, todo un canto a los placeres que depara el vino, que han cultivado en sus óperas compositores tan diferentes como Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), Giuseppe Verdi (1813-1901), Charles Gounod (1818-1893) o Pietro Mascagni (1863-1945).

En el campo de la ópera, la *Sémele* de Marin Marais (1656-1728) trata la tragedia de la madre del dios con todo el refinamiento y brillantez propios del barroco francés, mientras que la homónima del alemán Georg Friedrich Händel (1685-1759) muestra una mayor atención al virtuosismo vocal de cuño italiano. Como personaje, Dioniso aparece en el segundo acto de la ópera-ballet *El templo de la Gloria*, de Jean-Philippe Rameau (1683-1764). Lo hace como símbolo de la tiranía y el libertinaje, vicios que, a pesar de su victoria obtenida en Asia, le vedan el acceso al templo del título. Aunque el libreto, obra de Voltaire (1694-1778), es todo un manifiesto a favor de devolver a la escena gala su tono edificante, moral y político, los coros de los seguidores del dios, así como sus danzas, están marcados por un rústico hedonismo.

Hay que esperar al siglo XX para que Dioniso recupere su aspecto más oscuro y primigenio, el de una deidad que sabe premiar a los suyos, pero también castigar con saña inhumana a quien se le opone. Sobresalen aquí dos óperas inspiradas en Eurípides: *Las bacantes* del austríaco Egon Wellesz (1885-1974) y *Las basáridas* del alemán Hans Werner Henze (1926-2012). La fuerza bárbara del mito, así como el conflicto psicológico de los personajes, se acentúan en ambas gracias a una música próxima al expresionismo. Más allá va el alemán Wolfgang Rihm (n. 1952), quien construye su ópera *Dioniso* a partir de textos de Nietzsche, él mismo protagonista de la obra y trasunto del perturbador dios griego y su ansia de libertad.

Índice